Con María, Mujer Creyente

150 ANIVERSARIO ADMA

18 abril 1869 - 18 abril 2019

ADMA
Associazione di Maria Ausiliatrice

Cuadernos
de formación permanente

Índice

Septiembre 02
Octubre 06
Noviembre - Diciembre 09
Enero 12
Febrero 15
Marzo 17
Abril 20
Mayo 23
Junio 26
Julio - Agosto 29

Autor: Pierluigi Camerino, sdb

Traductor: P. Arcadio Cuadrado, sdb

Septiembre

María, Virgen oyente

El camino de preparación al VIII Congreso Internacional de María Auxiliadora que se celebrará en Buenos Aires (Argentina) del 7 al 10 de noviembre de 2019 y que tendrá como lema "***Con María, mujer creyente***", se inspira en la exhortación apostólica *Marialis cultus* de Pablo VI (1897 - 1978), proclamado santo el 14 de octubre de 2018, y quiere ayudar a comprender la experiencia de la fe como don que se recibe y que hay que trasmitir de generación en generación bajo la protección y ayuda de María, Auxiliadora y Madre de la Iglesia.

María es la "***Virgen oyente***", que acoge con fe la palabra de Dios: fe, que para ella fue premisa y camino hacia la Maternidad divina, porque, como intuyó S. Agustín: "*la bienaventurada Virgen María concibió creyendo al* (Jesús) *que dio a luz creyendo*"; en efecto, cuando recibió del Ángel la respuesta a su duda (cfr. Lc 1,34-37) "*Ella, llena de fe, y concibiendo a Cristo en su mente antes que en su seno*", dijo: "*he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*" (Lc 1,38) (46); fe, que fue para ella **causa de bienaventuranza** y seguridad en el cumplimiento de la palabra del Señor" (Lc 1, 45): fe, con la que Ella, protagonista y testigo singular de la Encarnación, volvía sobre los acontecimientos de la infancia de Cristo, confrontándolos entre sí en lo hondo de su corazón (cfr. Lc 2, 19. 51). Esto mismo hace la Iglesia, la cual, sobre todo en la **sagrada Liturgia**, escucha con fe, acoge, proclama, venera la palabra de Dios, la distribuye a los fieles como pan de vida y escudriña a su luz los signos de los tiempos, interpreta y vive los acontecimientos de la historia *(Marialis Cultus n.17).*

1. María sabe escuchar a Dios

El escuchar de María no es un simple "oír", un oír superficial, sino una "escucha" hecha de atención, de acogida, de disponibilidad para con Dios. No es ese modo distraído con el que, a veces, nos ponemos ante Dios o ante los demás: oímos las palabras, pero no escuchamos de verdad. María está atenta a Dios, escucha a Dios, escucha temerosa, percibe al mismo tiempo la inmensa grandeza del Altísimo y su profunda pequeñez: pero ante esta distancia, no se cierra en ella y se abre a la acogida de la Palabra.

María escucha también los hechos, lee los acontecimientos de su vida, vive atenta a la realidad concreta, no se detiene en la superficie y profundiza para captar el significado.

Esto vale también para nuestra vida: escuchar a Dios que nos habla, y escuchar también a la realidad cotidiana, atendiendo a las personas y a los hechos porque el Señor está a la puerta de nuestra vida, llama de mil maneras, y pone señales en nuestro camino; a nosotros nos da la capacidad de percibirlas. María es la madre de la escucha, atenta a Dios y a los acontecimientos de la vida.

María, como Virgen oyente de la Palabra de Dios ha vivido totalmente en la fe su consagración a Dios. **La fe es la respuesta a la Palabra de Dios** y por tanto la fe nace de la escucha, como parte de la estructura esencial de la existencia creyente

Y puesto que el Dios en el que creemos: es personal, y no simplemente un misterio o un destino anónimo;es un Dios que se ha revelado históricamente en acontecimientos, y no en primer lugar en ideas; es un Dios con el que estamos llamados a vivir una relación de comunión (Dios quiere que los hombres sean partícipes de su vida); por todos estos motivos, **en la base de nuestra relación con Dios solo puede darse la escucha**. Solo la escucha respeta la dimensión personal y la revelación de Dios.

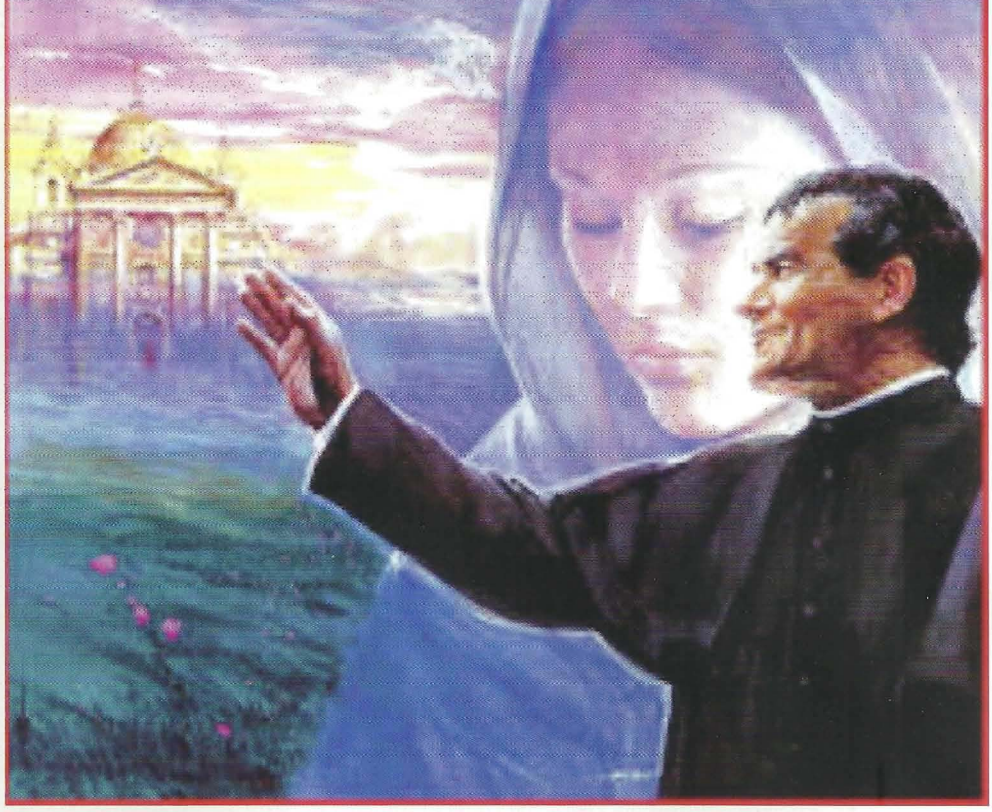
La maternidad divina de María va precedida y realizada mediante la fe. Esta es la idea de San Agustín y de todos los Padres de la Iglesia: María ha concebido al Verbo, a la Palabra de Dios, en primer lugar en la fe y después en la carne. Pero la concepción en la carne es consecuencia que se hace historia (en acontecimiento) de una concepción realizada primero en la fe: en la escucha y en el "sí" dado a la Palabra de Dios. La concepción del Verbo no es solo un hecho biológico o antropológico, sino que es ante todo un hecho espiritual y divino: es el ingreso de Dios en la historia humana, y de la criatura humana (del hombre) en el proyecto de Dios. En la encarnación la criatura humana se hace partícipe del proyecto divino.

2. También nosotros estamos llamados a escuchar creyendo.

¿Cómo podemos ser partícipes en el proyecto divino? Únicamente escuchando en la fe. Esto

debe entenderse en sentido profundo. La fe no hace al hombre menos responsable o meno s partícipe en los acontecimientos. En la base se halla la conciencia de ser creatura amada, deseada, pero creatura: Dios, Padre amante, nos invita a la existencia con un proyecto de amor para cada uno de nosotros: la fe, es pues, obediencia y adhesión a ese proyecto divino. Esto no priva a hombre de su libertad, sino todo lo contrario: **la fe hace al hombre verdaderamente hombre, porque le revela su verdadera naturaleza y realidad de ser plenamente responsable y libre**: no existe la posibilidad de vivir la fe al margen del contexto de la libertad. La fe o es una adhesión libre o no es fe.

Por tanto la participación en los acontecimientos de salvación se convierte en algo extraordinariamente personal, responsable y libre, precisamente desde el momento en que se hace escucha,



obediencia y docilidad porque se convierte en descubrimiento de la propia verdad personal. El acto de fe es profundamente personal y comprometido, es un acto de humildad y al mismo tiempo de grandeza.

Comprender lo que Dios quiere de nosotros y llevarlo a la práctica en obediencia al Espíritu requiere capacidad de escucha, palabra clave en la experiencia del creyente. La escucha en la perspectiva de la fe es también fuerza encaminada a la acción, capacidad de fidelidad creativa a la llamada recibida.

La escucha es mirada atenta, capacidad de reconocimiento de la voluntad de Dios que se manifiesta en las diversas circunstancias de la vida, en la diversidad de condiciones y contextos en los que vivimos. Esto requiere humildad, dejando que, como María, la mirada de Dios se pose sobre nosotros, requiere proximidad y empatía, capacidad de entrar en sintonía y darse cuenta de las necesidades de los hermanos, las alegrías y esperanzas, las tristezas y angustias de quien está a nuestro lado o que, de algún modo, se nos ha confiado

María nos ofrece un ejemplo eficaz de disponibilidad, de escucha y de voluntad al emprender un camino de obediencia a la voluntad de Dios que no se reduce a un hecho puntual, sino que se convierte en recorrido existencial, cotidiano y habitual, acompañado de docilidad al Espíritu al que ella se confía y se abandona.

"En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado [...] Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación" (GS 22). En Jesús descubrimos que estamos llamados a llegar a la verdad más profunda de nosotros mismos; la escucha de su Palabra invita, en efecto, a ir "mar adentro" (cfr. Lc 5,4) y a abrirse a horizontes que con solo las propias fuerzas no se podrían ni siquiera imaginar.

3. La fe y las relaciones intergeneracionales

La presente generación adulta se encuentra con un gran desafío: saber engendrar en la fe a las nuevas generaciones, a una fe viva que dé respuesta a los grandes interrogantes de los jóvenes y que sea camino de plenitud en la vida del hombre

> Entre los rasgos de nuestro tiempo, encontramos una especie de cambio en la relación entre las generaciones: con frecuencia hoy son los adultos quienes toman a los jóvenes como punto de referencia para el propio estilo de vida, en una cultura global dominada por un énfasis individualista sobre el propio yo... Hoy, entre jóvenes y adultos no existe un verdadero y propio conflicto generacional, sino una especie de "recíproco extrañamiento": los adultos no están interesados en trasmitir los valores fundamentales de la existencia a las jóvenes generaciones, a quienes consideran más como competidores que como posibles aliados. De esta forma la relación entre jóvenes y adultos corre el riesgo de quedarse solamente en el aspecto afectivo, sin interesare por la dimensión educativa y cultural *(Instrumentum Laboris n. 14).*

Incluso desde un punto de vista antropológico, la irrupción de las tecnologías digitales está comenzando a causar impactos profundísimos sobre la noción del tiempo y del espacio, sobre la percepción de sí, de los otros y del mundo, sobre el modo de comunicar, de aprender y de informarse. Un acercamiento a la realidad que privilegia la imagen respecto a la escucha y la lectu-

ra está transformando el modo de aprender y el desarrollo del sentido crítico. Todo esto influye también en la trasmisión de la fe que se basa en la escucha de la Palabra de Dios y en la lectura de la Sagrada Escritura, e interpela a todas las generaciones: estar disponibles para la escucha tanto para acompañar como para ser acompañados.

El tiempo de la juventud es el tiempo de escucha, pero también el de la incapacidad para comprender por sí mismos la palabra de la vida y la misma Palabra de Dios. Comparado con un adulto, al joven le falta la experiencia: de hecho, los adultos deberían ser aquellos que "por la práctica, tienen la sensibilidad adiestrada para distinguir el bien del mal" (*Heb 5,14*). Ellos deberían, pues, brillar sobre todo por su recta conciencia, que procede del ejercicio continuo de elegir el bien y evitar el mal. **El acompañamiento de las jóvenes generaciones** no es algo *opcional* respecto a la tarea de educar y evangelizar a los jóvenes, sino un deber eclesial y un derecho de todo joven. Solo la presencia prudente y sabia de Elí permite a Samuel interpretar correctamente la palabra que Dios le está dirigiendo. En este sentido los sueños de los ancianos y las profecías de los jóvenes ocurren solo juntos (*cfr. Jl 3,1*), confirmando la bondad de las alianzas intergeneracionales *(Instrumentum Laboris n. 81).*

4. En escucha y diálogo con el Señor

La primera escucha, aquella a la que debemos educarnos, es la escucha al Señor de la vida: entre las "buenas prácticas" que ayudar a escuchar y a dialogar con el Señor, sugerimos:

- todos los días por la mañana 5/10 minutos de escucha de la Palabra: dejarse tocar por una Palabra, una imagen, que nos acompañe durante toda la jornada, clave para interpretar las situaciones que vamos a vivir y fuerza en los momentos de prueba y de tentación.
- al final del día un breve examen de conciencia para agradecer las muestras de amor de Dios y para reordenar nuestra vida según la voluntad de Dios y nuestra vocación;
- un día de retiro mensual y los ejercicios espirituales anuales, como tempos privilegiados de escucha de la Palabra, de purificación del corazón, de discernimiento de la voluntad de Dios, de compartir la fe;
- prepararse para celebrar la escucha de la Palabra en la celebración eucarística dominical.

Oración a María, la mujer oyente

María, mujer oyente, mantén abiertos nuestros oídos;

haz que sepamos escuchar la Palabra de tu Hijo, entre los miles de palabras de este mundo;

haz que sepamos escuchar la realidad en que vivimos,

en cada persona que encontramos, especialmente si es pobre, necesitada o en dificultad.

María, mujer de la decisión, ilumina nuestra mente y nuestro corazón,

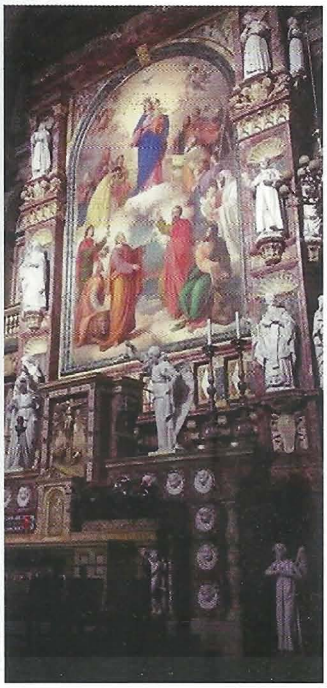
para que sepamos obedecer a la Palabra de tu Hijo Jesús, sin titubeos;

danos la fuerza para decidir, para no dejarnos arrastrar y no dejar que otros orienten nuestra vida.

María, mujer de la acción, haz que nuestros pies y nuestras manos se muevan "presurosas" hacia los demás, para llevar el amor y la caridad de tu Hijo Jesús,

para llevar al mundo, como tú, la luz del Evangelio. Amén (Papa Francisco).

Octubre *María, Virgen orante*



Así aparece Ella en la visita a la madre del Precursor, donde abre su espíritu en expresiones de glorificación a Dios, de humildad, de fe, de esperanza: tal es el "Magnificat"(cfr. Lc 1, 46-55), la oración por excelencia de María, el canto de los tiempos mesiánicos, en el que confluyen la exultación del antiguo y del nuevo Israel, porque –como parece sugerir S. Ireneo– en el cántico de María fluyó el regocijo de Abraham que presentía al Mesías (cfr. Jn 8, 56) y resonó, anticipada proféticamente, la voz de la Iglesia: "Saltando de gozo, María proclama proféticamente en nombre de la Iglesia: "Proclama mi alma la grandeza del Señor..." . En efecto, el cántico de la Virgen, al difundirse, se ha convertido en oración de toda la Iglesia en todos los tiempos.

"Virgen orante" aparece María en Caná, donde, manifestando al Hijo con delicada súplica una necesidad temporal, obtiene además un efecto de la gracia: que Jesús, realizando el primero de sus "signos", confirme a sus discípulos en la fe en Él (cfr. Jn 2, 1-12).

También el último trazo biográfico de María nos la describe en oración: los Apóstoles, en efecto, "perseveraban unánimes en la oración, juntamente con las mujeres y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos" (Hch 1, 14): presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la Iglesia de todo tiempo, porque Ella, asunta al cielo, no ha abandonado su misión de intercesión y salvación. "Virgen orante" es también la Iglesia, que cada día presenta al Padre las necesidades de sus hijos, "alaba incesantemente al Señor e intercede por la salvación del mundo" (Marialis Cultus 18).

1. María, Mujer del Magnificat

En el **Magnificat** (*Lc 1,46-55*), María celebra las intervenciones salvíficas de Dios.; enumera siete (número que en la Biblia indica perfección, totalidad), para indicar todas las obras de salvación realizadas por Dios en la historia de los hombres. María nos enseña que **la oración es en primer lugar, alabanza y agradecimiento a Dios,** por todo lo que ha obrado en la historia universal de los hombres y en nuestra historia personal. **María es la mujer de la alegría,** que muestra cantando el Magnificat: "Proclama mi alma la grandeza del Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi salvador, porque ha mirado la humillación de su sierva" (*Lc 2,46-48*). Su actitud interior está bien expresada en este canto, que remite a los Salmos de los "anawim", los "pobres" que confían solamente en Dios, y el cántico de Ana (*1 Sam 2,1-10*), que se abre con docilidad a la sorpresa de Dios, pero que no con menor fuerza revela la profunda fe de esta mujer hebrea, capaz de confiarse totalmente al Eterno. En la escuela de María aprendemos el primado de la dimensión contemplativa de la vida, la continua acogida de la iniciativa del Señor, que consiste en dejarse amar y conducir dócilmente por Él.

Nos preguntamos: ¿Es Dios, de verdad, el Señor de mi vida, como lo fue para María? ¿Soy dócil a su acción, a su Palabra, a su silencio? ¿Me dejo guiar por Él, meditando en todo lo que me da para vivir a la luz de las Escrituras, para discernir su voluntad y realizar con Él su designio de amor para conmigo y para cuantos me confía, incluso en los momentos difíciles, como, por ejemplo, en los que nuestra sociedad está viviendo?

2. María, mujer que intercede

Interviniendo en las **Bodas de Caná**, en un momento en el que la fiesta corría el riesgo de echarse a perder, porque llegaba a faltar el vino, María con fina discreción hace presente al Hijo la situación, diciéndole: "No tienen vino" (*Jn 2,1-12*). María nos da a entender la importancia de la **oración de intercesión**; oración a la que la misma liturgia nos educa (cfr. la oración de los fieles); oración que nos permite abrazar al mundo entero y llevar ante Dios los deseos y súplicas de toda la humanidad y que, muchas veces, se convierte en el único camino para amar a los hermanos.

María está atenta, está atenta en aquellas bodas ya iniciadas,

se muestra solícita ante las necesidades de los esposos. No se aísla en sí misma, ni se centra en el propio mundo, sino todo lo contrario, el amor la hace "salir hacia" los otros. Ni siquiera busca a las amigas para comentar lo que está sucediendo y criticar la deficiente preparación de la fiesta. Y por estar atenta, con su discreción, se da cuenta de que falta el vino. El vino es signo de alegría, de amor, de abundancia. ¡Cuántos jóvenes y adolescentes perciben que, desde hace ya tiempo, en sus casas se carece de ese vino! ¡Cuántas mujeres solas y tristes se preguntan cuándo han perdido el amor, cuándo el amor ha desaparecido de su vida! ¡Cuántos ancianos se sienten excluidos de las fiestas de sus familias, abandonados en un rincón y sin el alimento del amor cotidiano de sus hijos, de sus nietos y biznietos! La falta de ese vino puede ser también consecuencia de la falta de trabajo, de enfermedades, de situaciones problemáticas que nuestras familias sufren en todo el mundo. María no es una madre que "pretende", ni una suegra que vigila para divertirse con nuestras inexperiencias, nuestros errores o nuestros descuidos. **¡María es simplemente Madre!** Está presente, atenta y premurosa. Es hermoso oír esto: ¡María es Madre! Repetidlo todos conmigo. Vamos: ¡María es Madre!

Pero María, en aquel momento en que se da cuenta de que falta el vino, se dirige confiada a Jesús. Esto nos está diciendo que **María ruega**. No acude al mayordomo, sino que presenta directamente la dificultad de los esposos a su Hijo. La respuesta que recibe parece desalentadora: "¿Qué nos va a ti y a mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora" (v. 4). Pero mientras tanto ha puesto el problema en las manos de Dios. Su premura por las necesidades de los demás anticipa "la hora" de Dios. Y María forma parte de aquella hora, desde el pesebre hasta la cruz. Ella que supo "transformar una cueva para animales en casa para Jesús con unos pobres pañales y una montaña de ternura" (Exhort. apost. *Evangelii gaudium*, 286) y nos recibió como hijos cuando una espada la estaba traspasando el corazón–. Ella nos enseña a **poner nuestras familias en las manos de Dios**; nos enseña a orar, alimentando la esperanza para indicarnos que nuestras preocupaciones son también preocupaciones de Dios.

Rezar siempre nos hace salir del recinto de nuestras preocupaciones, nos hace ir más allá de lo que nos hace sufrir, de lo que nos inquieta o nos falta, y nos ayuda a ponernos en la situación del otro. La familia es una escuela donde rezar nos recuerda que existe un "nosotros", que existe un vecino cercano, evidente, que vive bajo el mismo techo, que comparte con nosotros la vida y tiene necesidades. (Papa Francisco - Guayaquil - Ecuador - 5 de julio de 2015).

3. María, mujer perseverante en la oración

Finalmente, mientras los Apóstoles esperaban el cumplimiento de la promesa de Jesús, también **María perseveró en la oración, en espera del Espíritu Santo** (Hch 1,14). De este modo Ella nos enseña que la oración es espera vigilante del Señor que viene a acompañarnos, cada día, en los momentos tristes y alegres de la vida, espera y capacidad de aceptar todas las sorpresas que el Señor nos reserva en nuestro camino.

También nosotros zarandeados por los vientos y tempestades, necesitamos orar. Es un medio imprescindible para entrar en verdadero diálogo, en relación filial con el Dios cercano, con el Dios que nos salva de nuestra soledad, de nuestro egoísmo, de nuestros pecados. También por este motivo dirigimos la mirada a nuestra Madre del Cielo. **La Virgen es mujer y maestra de oración.**

La sola contemplación de la Virgen en oración y de toda su vida como vida de oración, debería bastar para convencernos de la belleza de cultivar una sólida vida interior, de relación personal con el Dios Uno y Trino, aprendiendo a dirigirnos al Padre, fuente inagotable y eterna de todo bien, identificándonos con el Hijo amado mediante una contemplación cada vez más viva de su Vida y de sus enseñanzas, con la asistencia constante del Espíritu Santo, soplo e intimidad viva de Dios, el único que, como dice san Pablo, "escruta las profundidades de Dios".

4. En oración constante

La vida cristiana es vida de oración; el hombre orante vive en relación con Dios, abierto a Él y a su voluntad, en la oración y en la adoración. La oración se convierte entonces en el modo de vivir en la presencia de Dios en la vida cotidiana, cultivando aquella unión con Dios típica de Don Bosco y de su espíritu; nos sumerge en la gozosa presencia de Dios, que viviremos en el paraíso, ya en la vida de cada día, en las ocupaciones cotidianas, sin per-

der el contacto con Dios, elevando a Él el pensamiento, la súplica, con el empleo también de sencillas jaculatorias. Para santa Teresa de Ávila la oración es "una íntima relación de amistad con Aquel que sabemos nos ama".

- **Dedicar diariamente un tiempo para un silencio orante**, de escucha de la Palabra, de intimidad en adoración con Jesús: espacios de oración confiada en el que el corazón se abre a Dios de tú a tú, en el que se hacen callar las voces para escuchar la voz suave del Señor que resuena en el silencio. La lectura orante de la Palabra de Dios, más dulce que la miel (*cfr. Sal 119,103*) y "espada de doble filo" (*Heb 4,12*), nos permite permanecer a la escucha del Maestro para que la lámpara para nuestros pasos, alumbre en nuestro camino (*cfr. Sal 119,105*).

En ese silencio es posible discernir, a la luz del Espíritu, los caminos de santidad que el Señor nos propone. De otro modo, todas nuestras decisiones podrán ser solamente «decoraciones» que, en lugar de exaltar el Evangelio en nuestras vidas, lo recubrirán o lo ahogarán. Para todo discípulo es indispensable estar con el Maestro, escucharle, aprender de él, siempre aprender. Si no escuchamos, todas nuestras palabras serán únicamente ruidos que no sirven para nada (Gaudete et Exsultate n. 150).

- **Dedicar por la mañana un tiempo para orientar toda la jornada a Él y al caer de la tarde un tiempo para darle gracias** es reconocer su amor, los signos de su presencia y de su Providencia en nuestra vida diaria, en la vida de las personas con quienes nos hemos relacionado durante el día, en la vida de la Iglesia. Y al mismo tiempo pedir al Señor que ilumine la propia vida, las opciones y decisiones que nos vemos obligados a tomar.

- **Cultivar, con corazón de hijos amados, la oración de súplica con fe y confianza en Dios Padre.**

La súplica es expresión del corazón que confía en Dios, que sabe que solo no puede. En la vida del pueblo fiel de Dios encontramos mucha súplica llena de ternura creyente y de profunda confianza... La realidad es que la oración será más agradable a Dios y más santificadora si en ella, por la intercesión, intentamos vivir el doble mandamiento que nos dejó Jesús. La intercesión expresa el compromiso fraterno con los otros cuando en ella somos capaces de incorporar la vida de los demás, sus angustias más perturbadoras y sus mejores sueños. De quien se entrega generosamente a interceder puede decirse con las palabras bíblicas: «Este es el que ama a sus hermanos, el que ora mucho por el pueblo» (*2 Mac 15,14*). (*Gaudete et Exsultate n. 154*).

- **Celebrar la Eucaristía culmen y fuente de nuestra vida**. La Eucaristía celebrada, adorada y vivida es el corazón de la fe y de la vida cristiana. Don Bosco la ha querido como primera columna, de las dos que constituyen el fundamento de su sistema educativo y de la identidad de la Asociación de María Auxiliadora:

El encuentro con Jesús en las Escrituras nos lleva a la Eucaristía, donde esa misma Palabra alcanza su máxima eficacia, porque es presencia real del que es la Palabra viva. Allí, el único Absoluto recibe la mayor adoración que puede dársele en esta tierra, porque es el mismo Cristo quien se ofrece. Y cuando lo recibimos en la comunión, renovamos nuestra alianza con él y le permitimos que realice más y más su obra transformadora (*Gaudete et Exsultate n. 157*).

Oración

Salve, estrella de mar, /augusta madre de Dios, siempre Virgen, María, bienaventurada puerta del cielo.

Al recibir el Ave de la boca de Gabriel, cambia la suerte de Eva y trae al mundo la paz.

Rompe las ataduras de los oprimidos, da luz a los ciegos, líbranos de todo mal, y alcánzanos todo bien.

Muestra que eres Madre, presenta nuestras oraciones a Aquel que nacido por nosotros, quiso ser hijo tuyo

Virgen la más santa, humilde más que todas, a nosotros, libres de culpa, haznos limpios y puros y de corazón

Danos una vida pura, guíanos por camino seguro para que, gozando de la vista de tu Hijo nos alegremos por toda la eternidad

Gloria a Dios Padre, Gloria a Cristo el Señor y al Espíritu Santo, y a los tres nuestro canto de alabanza y amor. Amén.

Noviembre-Diciembre

María, la Virgen Madre

María es también la "**Virgen-Madre**", es decir, aquella que "*por su fe y obediencia engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre, sin contacto con hombre, sino cubierta por la sombra del Espíritu Santo*" : prodigiosa maternidad constituida por Dios como "**tipo" y "ejemplar" de la fecundidad de la Virgen-Iglesia**, la cual "se convierte ella misma en Madre, *porque con la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos, concebidos por obra del Espíritu Santo, y nacidos de Dios*". Justamente los antiguos Padres enseñaron que la **Iglesia prolonga en el sacramento del Bautismo la Maternidad virginal de María**. Entre sus testimonios nos complacemos en recordar el de nuestro eximio Predecesor San León Magno, quien en una homilía natalicia afirma: "*El origen que* (Cristo) *tomó en el seno de la Virgen, lo ha puesto en la fuente bautismal: ha dado al agua lo que dio a la Madre; en efecto, la virtud del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo* (cfr. Lc 1, 35), *que hizo que María diese a luz al Salvador, hace también que el agua regenere al creyente*" . Queriendo beber en las fuentes litúrgicas, podríamos citar la bella conclusión de la Liturgia hispánica: "*Ella* (María) *llevó la Vida en su seno, esta* (la Iglesia) *en el bautismo. En los miembros de aquélla se plasmó Cristo, en las aguas bautismales el regenerado se reviste de Cristo*" *(Marialis Cultus 19).*

1. Virgen Madre, Hija de tu Hijo

En la vida de Jesús la Madre ha tenido un papel decisivo. Entre los hebreos es la mujer quien trasmite la pertenencia al pueblo elegido (es hebreo quien nace de madre hebrea), engendrando al propio hijo en la conciencia de la alianza con Dios, principalmente a través de la vida familiar. Al ambiente doméstico se le considera como "un pequeño templo", en el que la mesa es "el altar": la mujer es la responsable de la liturgia doméstica y de la observancia de las normas de pureza que regulan la vida cotidiana. La tradición rabínica subraya que la Torah revelada en el Sinaí se dio primero a las mujeres, porque sin ellas la vida hebrea no sería posible, e invita por ello a los maridos a "escuchar" a sus mujeres, porque se debe a sus méritos el que las bendiciones se derramen sobre la familia. **Se convierte así la familia en el núcleo más importante del hebraísmo**, en cuyo centro se sitúa el rol de la mujer. Según los maestros hebreos es tarea de los hombres enseñar el contenido de la revelación, la Torá y el Talmud, mientras que la tarea de la mujer es la de trasmitir la experiencia de la revelación, el sentido del misterio, sin el cual los contenidos no tendrían valor y su estudio un puro ejercicio intelectual.

La vocación de la Iglesia encuentra su anticipación real y su plena realización en la persona de María, una joven que con su "sí" hizo posible la encarnación del Hijo y, en consecuencia, creó las condiciones para que cualquier otra vocación eclesial pueda ser generada. **El "principio mariano" precede y excede cualquier otro principio ministerial, carismático y jurídico** en la Iglesia, los sostiene y los acompaña a todos (Instrumentum Laboris n. 96).

El Papa Francisco, hablando a las mujeres encarceladas, algunas con niños pequeños o esperándolos, ha pronunciado palabras cargadas de esperanza y de futuro, como un seno grávido.

La maternidad nunca es ni será un problema, es un don, uno de los regalos más maravillosos que podéis tener. Hoy os enfrentáis a un desafío muy parecido: se trata una vez más de engendrar vida. Hoy se os pide que deis a luz al futuro. Hacerlo crecer, ayudar a que se desarrolle. No solo para vosotras, sino para vuestros hijos

y para toda la sociedad. Vosotras, mujeres, poseéis una capacidad increíble para adaptaros a las situaciones y seguir caminando. (Papa Francisco, Santiago de Chile, 17 de enero de 2018).

2. Tiempo litúrgico Adviento - Navidad

De este modo, los fieles que viven con la Liturgia el espíritu del Adviento, al considerar el inefable amor con que la Virgen Madre esperó al Hijo, se sentirán animados a tomarla como modelos y a prepararse, "vigilantes en la oración y... jubilosos en la alabanza" para salir al encuentro del Salvador que viene. Queremos, además, observar cómo en la Liturgia de Adviento, uniendo la espera mesiánica y la espera del glorioso retorno de Cristo al admirable recuerdo de la Madre, presenta un feliz equilibrio cultual, que puede ser tomado como norma para impedir toda tendencia a separar, como ha ocurrido a veces en algunas formas de piedad popular, el culto a la Virgen de su necesario punto de referencia: Cristo. Resulta así que este periodo, -como han observado los especialistas en liturgia- , debe ser considerado como un tiempo particularmente apto para el culto de la Madre del Señor: orientación que confirmamos y deseamos ver acogida y seguida en todas partes. (Marialis Cultus n. 4)

3. Engendrar en la fe

En el arte del acompañamiento espiritual, de educar en la fe se trata de aprender a reconocer, interpretar, elegir en una perspectiva de fe, escuchando cuanto el Espíritu sugiere dentro de la vida de cada día. Los padres, educadores, maestros, están llamados no solo a trasmitir contenidos, sino a dar testimonio de una madurez humana, presentando dinámicas generativas de paternidad o maternidad espiritual en grado de hacer de los jóvenes sujetos y responsables de su propia aventura.

En la relación de acompañamiento personal es importante ser conscientes de las diferencias entre un enfoque masculino y uno femenino, tanto con respecto a los acompañantes, como en relación a quienes son acompañados. En esto hay que salvaguardar y profundizar la riqueza de la tradición que habla de la paternidad y la maternidad espirituales. (Instrumentum Laboris n. 123).

El que acompaña está llamado a respetar el misterio que cada persona encierra y a confiar en que el Señor ya está obrando en ella. El acompañante está invitado a ser consciente de que representa un modelo que influye por aquello que él es, antes que por lo que él hace y propone. La profunda interacción afectiva que se crea en el espacio del acompañamiento espiritual – no por casualidad la tradición se expresa hablando de paternidad y maternidad espiritual, por lo tanto de una profundísima relación generativa – requiere en el acompañante una sólida formación y una disposición a trabajar antes que nada sobre sí mismo desde un punto de vista espiritual y, en cierta medida, también psicológico. Sólo de esta manera podrá auténticamente ponerse al servicio, en la escucha y en el discernimiento, y evitar los riesgos más frecuentes de su rol: sustituirse a quien acompaña en su búsqueda y en la responsabilidad de sus decisiones, negar o eliminar el surgimiento de problemáticas sexuales y en fin, superar las fronteras involucrándose de una manera impropia y destructiva con aquellos que está ayudando en el camino espiritual, hasta la posibilidad de llegar a verdaderos abusos y dependencias. Cuando sucede esto, además de los traumas generados en las personas involucradas, se difunde un clima de desconfianza y miedo, que desalienta la práctica del acompañamiento (Instrumentum Laboris n. 130).

Este dinamismo de salir de sí mismo para dar la vida y obrar al servicio de la posibilidad que todos, individualmente y juntos, puedan encontrar la alegría del amor, se realiza a través del modo en que la Iglesia ejerce la autoridad que le fue confiada, para que sea auténticamente generadora y, por lo tanto, creadora de comunión. Según algunos análisis, en sentido etimológico la autoridad es la capacidad de "hacer crecer" (augeo, en latín, del donde auctor y auctoritas) toda creatura en la originalidad que el Creador ha pensado y deseado para ella. Ejercer la autoridad se convierte en asumir la responsabilidad de un servicio para el desarrollo y la liberación de la libertad, no un control que corta las alas y mantiene a las personas encadenadas. (Instrumentum Laboris n. 141).

La vocación nunca es un principio de alienación, sino más bien un núcleo de integración de todas las dimensiones de la persona, que las hará fecundas: desde los talentos naturales al carácter con sus recursos y sus límites, desde las pasiones más profundas a las competencias adquiridas a través del estudio, desde las experiencias exitosas a los fracasos que contiene cada historia personal, desde la capacidad para relacionarse y amar hasta la de asumir el propio rol

con responsabilidad dentro de un pueblo y una sociedad. Por esta razón, el servicio de acompañamiento se confronta con una serie de elementos que sólo aparentemente resultan dispares o poco espirituales y no puede prescindir de la alianza entre las instancias formativas (Instrumentum Laboris n. 143).

4. Vivir la gracia del Bautismo

En la fuente bautismal hemos nacido a la vida de la gracia: inmersos en la muerte en cruz de Jesús hemos sido liberados del poder del pecado original y hemos resucitado a la vida nueva que Jesús ha inaugurado. Día tras día, pues, hemos sido llamados a renovar y a hacer fructificar este don, viviendo las promesas bautismales: Renuncio al pecado, al Maligno y creo en Dios. Elegir día tras día a Dios como único bien, como Señor de la propia vida. El espíritu Santo nos da la fuerza para vivir con fidelidad y coherencia, creyendo que el camino de santidad es fruto de su presencia en nuestra vida (cfr. Gál 5,22-23). En la hora de la prueba y de la tentación levanta los ojos a "Aquel a quien traspasaron", creyendo que "por sus llagas hemos sido curados".

Deja que la gracia de tu Bautismo fructifique en un camino de santidad. Deja que todo esté abierto a Dios y para ello opta por él, elige a Dios una y otra vez. No te desalientes, porque tienes la fuerza del Espíritu Santo para que sea posible, y la santidad, en el fondo, es el fruto del Espíritu Santo en tu vida (cfr. Gal 5,22-23). Cuando sientas la tentación de enredarte en tu debilidad, levanta los ojos al Crucificado y dile: «Señor, yo soy un pobrecillo, pero tú puedes realizar el milagro de hacerme un poco mejor». En la Iglesia, santa y compuesta de pecadores, encontrarás todo lo que necesitas para crecer hacia la santidad. El Señor la ha llenado de dones con la Palabra, los sacramentos, los santuarios, la vida de las comunidades, el testimonio de sus santos, y una múltiple belleza que procede del amor del Señor, «como novia que se adorna con sus joyas» (Is 61,10) (Gaudete et Exsultate n. 15).

Oración A María santísima

¡Oh María Inmaculada!

Renuevo en tus manos, las promesas de mi Bautismo.

Renuncio para siempre a Satanás, padre de la mentira,

acusador de los hijos de Dios, enemigo de nuestra alegría.

Renuncio a sus engaños, a sus seducciones y a sus obras,

y me entrego enteramente a Jesús, signo vivo del amor que Dios me tiene.

Y para ser más fiel a Él yo te elijo a Ti, ¡Oh María Inmaculada!,

por Madre y Señora mía.

En ti, como hijo, me abandono y te consagro mi vida y mi familia.

¡Oh María!, dispón siempre de mí según tu Corazón

y en mi último día acógeme en tus brazos.

Preséntame a Jesús diciéndole: "¡Este es mi hijo!".

Entonces exultará mi alma, comenzará mi Paraíso

y cantaré un Magnificat a Dios contigo,

¡Oh María, Madre mía Inmaculada! Amén.

Enero *María, Maestra de vida espiritual*

Ejemplo para toda la Iglesia en el ejercicio del culto divino, María es también, evidentemente, **maestra de vida espiritual** para cada uno de los cristianos. Bien pronto los fieles comenzaron a fijarse en María para, como Ella, hacer de la propia vida un culto a Dios, y de su culto un compromiso de vida. Ya en el siglo IV, S. Ambrosio, hablando a los fieles, hacía votos para que en cada uno de ellos estuviese el alma de María para glorificar a Dios: *"Que el alma de María esté en cada uno para alabar al Señor; que su espíritu esté en cada uno para que se alegre en Dios"*. Pero María es, sobre todo, **modelo de aquel culto que consiste en hacer de la propia vida una ofrenda a Dios**: doctrina antigua, perenne, que cada uno puede volver a escuchar poniendo atención en la enseñanza de la Iglesia, pero también con el oído atento a la voz de la Virgen cuando Ella, anticipando en sí misma la estupenda petición de la oración dominical *"Hágase tu voluntad"* (Mt 6, 10), respondió al mensajero de Dios: *"He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra"* (Lc 1, 38). Y el "sí" de María es para todos los cristianos una lección y un ejemplo para **convertir la obediencia a la voluntad del Padre, en camino y en medio de santificación propia**. (*Marialis Cultus* n. 21).

1. Caminar en el Espíritu y confiarse a María

Los títulos de Madre y Maestra de vida espiritual que damos a María Santísima, resumen los rasgos esenciales de ser icono espiritual de la Iglesia y de cada uno de los fieles. Dos títulos caracterizados por una específica referencia a la espiritualidad, que proclaman el papel esencial de María en la vida espiritual del cristiano. En efecto, el culmen de la vida espiritual es la conformación con Jesucristo y María nos guía a conformarnos con su Hijo, a hacer que en nosotros se delinee el rostro del Maestro y se trasparente en la cotidianidad de nuestra vida. Para todo discípulo se trata de estar con el Maestro, escucharlo, aprender de Él, estar siempre aprendiendo. Tal discipulado se traduce en el hecho de hacer de la propia vida una ofrenda agradable a Dios, en la obediencia filial a la voluntad de Dios y en el ejercicio de las obras de misericordia corporales y espirituales, en los modos que indique el Espíritu Santo, a través, también, de las mediaciones humanas (la esposa, el esposo, los padres, el director espiritual, los amigos en el Señor...).

También nosotros, a ejemplo de María, estamos llamados a ser educadores y acompañantes de los jóvenes en el camino de búsqueda y de adhesión a la voluntad de Dios.

> En la fase de juventud, toma forma la construcción de la propia identidad. En este tiempo, marcado por la complejidad, la fragmentación y la incertidumbre del futuro, planificar la vida se vuelve difícil, si no imposible. En esta situación de crisis, el compromiso eclesial a menudo está orientado a sostener una buena planificación. En los casos más afortunados y cuando los jóvenes son más disponibles, este tipo de atención pastoral los ayuda a descubrir su vocación, que sigue siendo, en el fondo, una palabra para pocos elegidos y expresa la culminación de un proyecto. ¿Pero con este modo de proceder, no se corre el riesgo de reducir y comprometer la verdad plena del término "vocación"? En este sentido, es muy útil llamar la atención sobre el encuentro entre Jesús y el joven rico (cfr. Mt 19,16-22; Mc 10,17-22; Lc 10,25-28). Aquí vemos que el Maestro de Nazaret no apoya el proyecto de vida del joven ni propone su coronación; no recomienda un esfuerzo extra, ni tampoco, en el fondo, quiere colmar el vacío del joven, que le había preguntado: «¿qué me queda por hacer?» al menos, no quiere colmarlo confirmando la lógica de planificación del joven. Jesús no colma un vacío, sino que le pide al joven que se vacíe, que haga espacio a una nueva perspectiva orientada al don de sí a través de un nuevo enfoque de su vida generada por el encuentro con quien es el «Camino, la Verdad y la Vida» (cfr. Jn 14,6). De esta manera, a través de una verdadera desorientación, Jesús le pide al joven una reconfiguración de su existencia. Es una llamada al riesgo, a perder lo ya adquirido, a confiar. Es una provocación para romper con la mentalidad de planificar que, si es exasperada, conduce al narcisismo y a encerrarse en uno mismo. Jesús invita al joven a entrar en una lógica de fe, que pone en juego su vida en el seguimiento, precedida y acompañada por una intensa mirada de amor: «Jesús lo miró con amor y le dijo: sólo te falta una cosa: ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres; así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme» (Mc 10,21) (Instrumentum Laboris n. 84).

2. María la maestra de don Bosco

Desde el sueño de los nueve años, se le indica y da a Juanito Bosco la Virgen María como la "maestra bajo cuya disciplina puede llegar a ser sabio y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad". María es guía eficaz y ayuda segura para aprender y ejercitar la disponibilidad de escucha y para emprender un camino de fe y de discernimiento vocacional.

En la Biblia, sabio es el hombre que ha centrado el punto de mira de la vida, que pone en Dios su confianza, que construye su casa sobre la roca firme de la Palabra y de la voluntad de Dios. Y necio, el que se pone como centro de sí mismo, que depende del juicio de los hombres y no se pone bajo la mirada de Dios, como María, humilde esclava del Señor. La sabiduría da gusto y orientación a la vida; la necedad la vacía y la vuelve inútil. Al principio de todo auténtico camino de fe, de toda búsqueda vocacional está la consciencia del propio límite, de la propia incapacidad y pobreza, que solo el amor de Dios puede llenar. Se trata de recorrer un camino cuya meta se descorre solo desde el mismo seguimiento, en diálogo con el Maestro. Esa meta no puede delinearse nítida ante nosotros desde el principio, como si fuese la conclusión de un proyecto del que somos dueños y del que tenemos la clave, de tal modo que se pueden prever todos los detalles. Se perfila bajo la mirada de la fe que "«ve » en la medida en que camina, en que se adentra en el espacio abierto por la Palabra de Dios" (Lumen Fidei n. 9).

También Don Bosco comprenderá el sueño de los nueve años solo al final de su vida, cuando en la única misa celebrada en la Basílica del Sagrado Corazón de Roma, en el altar de María Auxiliadora, comprenderá el sentido de las palabras proféticas: "¡A su tiempo lo comprenderás!". Y el santo de la alegría rompe en un largo e incontenible llanto de íntima emoción y reconocida gratitud, en la consciencia de la fidelidad al Dios de la promesa y en la

disponibilidad a cantar su "Nunc dimittis", porque los ojos de la fe han visto la salvación preparada para tantos jóvenes y tantas personas del pueblo a las que el Señor le había enviado.

3. Una experiencia familiar de Iglesia

La familia desempeña un papel indispensable en el camino de la fe y en el discernimiento vocacional, que se hace fecundo sobre todo cuando los padres representan un modelo de fe, de entrega y fuente de inspiración: los padres son siempre los primeros testimonios. Por desgracia no faltan los ejemplos opuestos, es decir, cuando el énfasis que pone la familia en el éxito en términos económicos o de carrera, acaba por entorpecer la posibilidad de un serio camino en la fe. A veces el fracaso familiar, las dificultades, las divisiones y la fragilidad de las familias son fuente de sufrimiento para muchos jóvenes que les llevan a desilusionarse sobre la posibilidad de mirar al futuro en términos de esperanza a largo plazo. Los jóvenes, en fin, esperan ser acompañados no por jueces inflexibles, ni por padres temerosos e hiperprotectores que engendran dependencia, sino por alguien que no teme la propia debilidad y sabe hacer resplandecer el tesoro que, como en vasos de arcilla, protege la propia interioridad (cfr. 2Cor 4,7).

Uno de los resultados más fecundos que surgieron de la renovada atención pastoral a la familia vivida en los últimos años, fue el redescubrimiento del carácter familiar de la Iglesia. La afirmación que Iglesia y parroquia son «familia de familias» (cfr. AL 87.202) es fuerte y orientativa con respecto a su forma. Nos referimos a estilos relacionales, donde la familia actúa como matriz de la misma experiencia de la Iglesia; a modelos formativos de naturaleza espiritual que tocan los afectos, generan vínculos y convierten el corazón; a itinerarios educativos que comprometen en el difícil y entusiasmante arte del acompañamiento de las jóvenes generaciones y de las mismas familias; a la calificación de las celebraciones, porque en la liturgia se manifiesta el estilo de una Iglesia convocada por Dios para ser su familia... Una CE afirma que «en medio de una vida ruidosa y caótica, muchos jóvenes piden a la Iglesia que sea una casa espiritual». Ayudar a los jóvenes a unificar sus vidas continuamente amenazadas por la incertidumbre, por la fragmentación y por la fragilidad es hoy decisivo. Para muchos jóvenes que viven en familias frágiles y desfavorecidas, es importante que perciban a la Iglesia como una verdadera familia que puede "adoptarlos" como hijos propios (Instrumentum Laboris n. 178).

Oración a María, Madre y Maestra de vida espiritual

¡Oh Padre!

Te alabamos, te bendecimos, te glorificamos,

recordando a la Bienaventurada Virgen María, Madre y Maestra de vida espiritual.

Íntimamente asociada al misterio de Cristo redentor,

continúa engendrando con la Iglesia, nuevos hijos,

a quienes atrae con su ejemplo

y con la fuerza de su amor conduce a la caridad perfecta.

En su escuela redescubrimos el modelo de vida evangélica;

aprendemos a amarte sobre todas las cosas con su corazón

para servirte con la misma solicitud en los hermanos.

Haz que, iluminados por su ejemplo y protegidos con su auxilio,

seamos fieles a las promesas bautismales

y te sirvamos de todo corazón

para dar testimonio en el mundo de las maravillas de tu amor.

Por Jesucristo nuestro Señor.

Amén.

Febrero

María, Virgen oferente

María es la "Virgen oferente". En el episodio de la Presentación de Jesús en el Templo (*cfr. Lc 2, 22-35*), la Iglesia, guiada por el Espíritu, ha vislumbrado, más allá del cumplimiento de las leyes relativas a la oblación del primogénito (*cfr. Ex 13, 11-16*) y de la purificación de la madre (*cfr. Lev 12, 6-8*), un misterio de salvación relativo a la historia salvífica: esto es, ha notado la continuidad de **la oferta fundamental** que el Verbo encarnado hizo al Padre al entrar en el mundo (*cfr. Heb 10, 5-7*); ha visto proclamada la **universalidad de la salvación**, porque Simeón, saludando en el Niño la luz que ilumina las gentes y la gloria de Israel (*cfr. Lc 2, 32*), reconocía en Él al Mesías, al Salvador de todos; ha comprendido **la referencia profética a la pasión de Cristo**: que las palabras de Simeón, las cuales unían en un solo vaticinio al Hijo, "***signo de contradicción***", (*Lc 2, 34*), y a la Madre, a quien la espada habría de traspasar el alma (*cfr. Lc 2, 35*), se cumplieron sobre el calvario. Misterio de salvación, pues, que el episodio de la Presentación en el Templo orienta en sus varios aspectos hacia el acontecimiento salvífico de la cruz. Pero la misma Iglesia, sobre todo a partir de los siglos de la Edad Media, **ha percibido en el corazón de la Virgen** que lleva al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor (*cfr. Lc 2, 22*), **una voluntad de *oblación*** que trascendía el significado ordinario del rito. De dicha intuición encontramos un testimonio en el afectuoso apóstrofe de S. Bernardo: "*Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece por la reconciliación de todos nosotros la víctima santa, agradable a Dios*" (*Marialis Cultus* 20).

1. La salvación es para todos

El fundamento de todo es la voluntad de Dios que quiere que todos los hombres se salven, como muy bien nos recuerda el anciano Simeón que acoge con ternura en sus brazos al Salvador. Toda generación, toda familia, toda persona está llamada a contemplar la salvación y a acoger la paz, que nace del encuentro ansiado y confiado en Jesús

El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente». El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. **No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo**. Por eso nadie se salva solo, como individuo aislado, sino que Dios nos atrae tomando en cuenta la compleja trama de relaciones interpersonales que se establecen en la comunidad humana: Dios quiso entrar en una dinámica popular, en la dinámica de un pueblo. (*Gaudete et Exsultate* n. 6).

2. El discernimiento en la vida cristiana

Además, este misterio salvífico nos invita a contemplar cómo el **camino de fe de Jesús y María, y por lo mismo el de cada uno de nosotros**, se desarrolla en una obediencia filial, que para Jesús, va del misterio de su encarnación a su cumplimiento en la cruz; para María, desde el "si" de la anunciación al *stabat* a los pies de la cruz; y para cada uno de nosotros en la disponibilidad a hacer de la voluntad de Dios el alimento cotidiano. Caminar en la fe no significa que se tenga todo claro o dar respuesta de una vez por todas a todos los problemas e interrogantes de la vida, sino ante todo individuar pasos concretos en la capacidad de dejarse poco a poco transformar por la Gracia y hacer un auténtico discernimiento en vista de la misión a la que se nos ha llamado. Y en un mundo complejo en el que, principalmente los jóvenes, al carecer de planos, tienen dificultad para a orientarse, **es necesario caminar juntos practicando el discernimiento.**

Hay una pluralidad de significados del término discernimiento, que no son opuestos, pero tampoco coinciden. En sentido más amplio, el discernimiento indica el proceso en el que se toman decisiones importantes; en un segundo sentido, más específico de la tradición cristiana, corresponde a las dinámicas espirituales a través de las cuales una persona, un grupo o una comunidad trata de reconocer y aceptar la voluntad de Dios en su situación concreta. Además, el término se aplica a una pluralidad de situaciones y prácticas diferentes: «En efecto, existe un discernimiento de los signos de los tiempos, que trata de reconocer la presencia y la acción del Espíritu en la historia; un discernimiento moral, que distingue lo que es bueno de lo que es malo; un discernimiento espiritual, que tiene como objetivo reconocer la tentación para rechazarla y, en su lugar, seguir el camino de la plenitud de vida. Las conexiones entre estas diferentes acepciones son evidentes y no se pueden nunca separar completamente» (DP II, 2). (Instrumentum Laboris n. 108).

3. Jesús, Siervo obediente

En la presentación de Jesús en el templo ya se descubre el misterio de Cristo, lazo de unión entre la Antigua y la Nueva Alianza que realizará la antigua promesa de salvación con su sacrificio en la cruz: mientras los varones primogénitos de Israel, en memoria de la liberación de Egipto, eran ofrecidos a Dios, pero rescatados con un pequeño sacrificio (cfr. Éx 13, 2-12; Lv 12, 1-8), Jesús será el único Primogénito en no ser rescatado, **obediente en todo a la voluntad del Padre**, para ofrecer mediante su sangre, la verdadera liberación del pecado y de la muerte.

4. La obediencia de María

La profecía de Simeón explicita al mismo tiempo la comunión de la Madre con el sufrimiento del Hijo, "sirviendo con diligencia al misterio de la redención con Él y bajo Él" (*Lumen Gentium*, 56), expresión de la especial cooperación en el misterio salvífico del único Redentor, Jesucristo, resaltando la total obediencia de María a la voluntad divina, hasta el ofrecimiento de su amadísimo Jesús.

María, Madre atenta y tierna, vivió las esperanzas, los silencios, las alegrías y las pruebas por las que toda madre tiene que pasar: es significativo que no siempre comprenda todo de Él (v. en Lc 2,50, después de encontrar a Jesús y su respuesta). Pero continúa, fiándose de Dios, amando y protegiendo, a su manera, a aquel Hijo, tan pequeño y tan grande, con una mezcla de proximidad y dolorosos alejamientos, que la convierten en modelo de maternidad: ¡Los hijos son engendrados en el dolor y en el amor durante toda la vida! Así María es ejemplo de madre, capaz de una acción educativa compartiendo el tesoro del corazón, la paciencia, la firmeza, la acción continua y la confianza en el Altísimo.

5. Nuestra obediencia

No se puede descuidar que **cada camino vocacional**, hundiendo sus raíces en la experiencia de filiación divina donada en el bautismo (cfr. Rom 6,4-5; 8,14-16), **es un camino pascual**, que implica el compromiso de negarse a uno mismo y de perder la propia vida para recibirla renovada. El Cristo que nos llama a seguirlo es aquel que «en lugar del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz sin tener en cuenta la infamia, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios» (Heb 12,2). El creyente, por lo tanto, incluso cuando experimenta que el discipulado implica renuncias y una sufrida fidelidad, no se desanima y continúa siguiendo al Señor que nos precedió a la derecha del Padre y nos acompaña con su Espíritu (*Instrumentum Laboris* n. 93).

Nos interrogamos: En nuestra responsabilidad de testigos y generadores de la vida que viene de lo alto, ¿nos esforzamos por ser como María en su relación con Jesús, cercanos y delicados con quienes nos han sido confiados, respetando su libertad y su misterio? ¿Estamos dispuestos a confiar todo a Dios, sin esquivar ninguna de nuestras responsabilidades? ¿Somos capaces de escuchar a todos, sin descuidar el deber de dar testimonio?

Convencidos de que los jóvenes son la verdadera reserva para el "rejuvenecimiento" de los dinamismos eclesiales, **preguntémonos**: ¿Somos verdaderamente sensibles a los jóvenes? ¿Comprendemos sus necesidades y esperanzas? ¿Sabemos comprender su exigencia de tener experiencias significativas? ¿Somos capaces de superar las distancias que nos separan de su mundo? Donde se ofrecen a los jóvenes acogida y testimonio en modo creativo y dinámico, nacen sintonías o simpatías que dan su fruto.

Ofrecimiento de la jornada a María

¡Oh María. Madre del Verbo encarnado y Madre nuestra dulcísima!

Estamos a tus pies, al nacer un nuevo día, otro gran don del Señor.

Ponemos en tus manos y en tu Corazón, todo nuestro ser.

Tuya es nuestra voluntad, nuestro pensamiento, nuestro corazón y nuestro cuerpo.

Con tu materna bondad forma hoy en nosotros una vida nueva, la vida de Jesús.

Reina del Cielo, prevé y acompaña, con tu inspiración materna,

hasta nuestras más pequeñas acciones,

para que todo sea puro y aceptable en el momento del Sacrificio Santo e Inmaculado.

¡Oh Madre amantísima!

Haznos santos como Jesús nos ha mandado,

como tu Corazón ardientemente nos pide y desea. Amén

Marzo

El Angelus

Nuestra palabra sobre el *"Angelus"* quiere ser solamente una simple pero viva exhortación a mantener su rezo acostumbrado, donde y cuando sea posible. El *"Angelus"* no tiene necesidad de restauración: la estructura sencilla, el carácter bíblico, el origen histórico que lo enlaza con la invocación de la incolumidad en la paz, el ritmo casi litúrgico que santifica momentos diversos de la jornada, la apertura hacia el misterio pascual, por lo cual mientras conmemoramos la Encarnación del Hijo de Dios pedimos *ser llevados "por su pasión y cruz a la gloria de la resurrección"*, hace que a distancia de siglos conserve inalterado su valor e intacto su frescor. Es verdad que algunas costumbres tradicionalmente asociadas al rezo del *Angelus* han desaparecido y difícilmente pueden conservarse en la vida moderna, pero se trata de cosas marginales: **quedan inmutados el valor de la contemplación del misterio de la Encarnación del Verbo, del saludo a la Virgen y del recurso a su misericordiosa intercesión**: y, no obstante el cambio de las condiciones de los tiempos, permanecen invariados para la mayor parte de los hombres esos momentos característicos de la jornada –mañana, mediodía, tarde– que señalan los tiempos de su actividad y constituyen una invitación a hacer un alto para orar. (*Marialis Cultus* n. 41).

1. El Angelus, oración de la tradición popular

El *Angelus* es la oración tradicional con la que los fieles, tres veces al día, esto es, por la mañana, al mediodía y por la tarde, recuerdan el anuncio del Ángel Gabriel a María. El *Angelus* es, pues, el recuerdo del evento salvífico por el que, según el plan del Padre, el Verbo, por obra del Espíritu Santo, se encarnó en el seno de la Virgen María. El rezo del *Angelus*, está profundamente arraigado en la piedad del pueblo cristiano y es alentado por el ejemplo de los Romanos Pontífices. En algunos ambientes, las cambiadas condiciones de los tiempos, no favorecen el rezo del *Angelus*, pero en muchos otros, son menores estos impedimentos, por lo que no debe dejar de intentarse nada para mantener viva esta devota costumbre, sugiriendo, al menos, el rezo de tres avemarías.

Esta oración, al tiempo que nos invita a contemplar el misterio del Verbo de Dios encarnado en el seno de la Virgen, nos ayuda a vivir la vida cotidiana unidos al misterio de la Encarnación redentora y a elevar nuestra oración confiada a Dios Padre que, en el misterio del anuncio de su Hijo, abre a todos los hombres la casa de su reino y revela su corazón rebosante de bondad.

La Iglesia, a ejemplo de María, está llamada a vivir y dar testimonio, en su acción pastoral, de la condescendencia y el amor por la humanidad, manifestado por Dios Padre en la Encarnación de su Hijo. **La intención por la paz** nos invita a rezar por los jefes de las naciones, para que en el gobierno de los pueblos a ellos confiados, no tengan como objetivo el dominio sobre el hombre, sino proteger la dignidad y el respeto a la vida humana, preciosa a los ojos del Altísimo.

Las personas enfermas o en dificultad encuentran en esta oración consuelo, abandonándose en las manos del Padre que ha enviado a su Hijo al mundo para hacerse cargo del humano dolor,

Las familias cristianas renuevan en las tareas cotidianas alegres y tristes y en las ocupaciones de la vida, la mirada de fe que sostiene e ilumina.

Las personas consagradas, inspirándose en la Virgen de la Anunciación son invitadas a dar luminoso ejemplo de fe y de pronta colaboración con Cristo Redentor.

En el profético sueño de los nueve años, el Hombre venerando de manto blanco dice a Juanito Bosco: "**Yo soy el Hijo de Aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día**". El *Angelus* era entonces una oración tradicional, que ciertamente Mamá Margarita enseñó a Juan y que este practicó. Esta alusión subraya el valor fundamental de la fe y de la oración aprendidas en familia, de manera sencilla y cotidiana.

Recordemos también a Juanito Bosco, en el caserío Moglia. El

anciano tío José llega cansado a mediodía, y va a sentarse rápidamente para recuperar aliento. Sonaba la campana de la iglesia. Ve a Juanito que, de rodillas, recita el *Angelus*. Entre bromas y veras: "¡Mira qué bonito! Los amos trabajamos hasta que no podemos más y el criado se lo toma con calma y reza tranquilamente". Y Juanito: "Abuelo, bien sabe Vd. que nunca rehuyo el trabajo. Pero mi madre me ha enseñado que cuando se reza, dos granos producen cuatro espigas, pero cuando no se reza, cuatro granos apenas dan dos espigas".

2. Santidad cotidiana

La Virgen María ha sido propuesta siempre por la Iglesia a la imitación de los fieles no precisamente por el tipo de vida que ella llevó y, tanto menos, por el ambiente socio-cultural en que se desarrolló, hoy día superado casi en todas partes, sino porque en sus condiciones concretas de vida Ella se adhirió total y responsablemente a la voluntad de Dios (*cfr. Lc 1, 38*); porque acogió la palabra y la puso en práctica; porque su acción estuvo animada por la caridad y por el espíritu de servicio: porque, es decir, **fue la primera y la más perfecta discípula de Cristo**: lo cual tiene valor universal y permanente (*Marialis Cultus* n. 35).

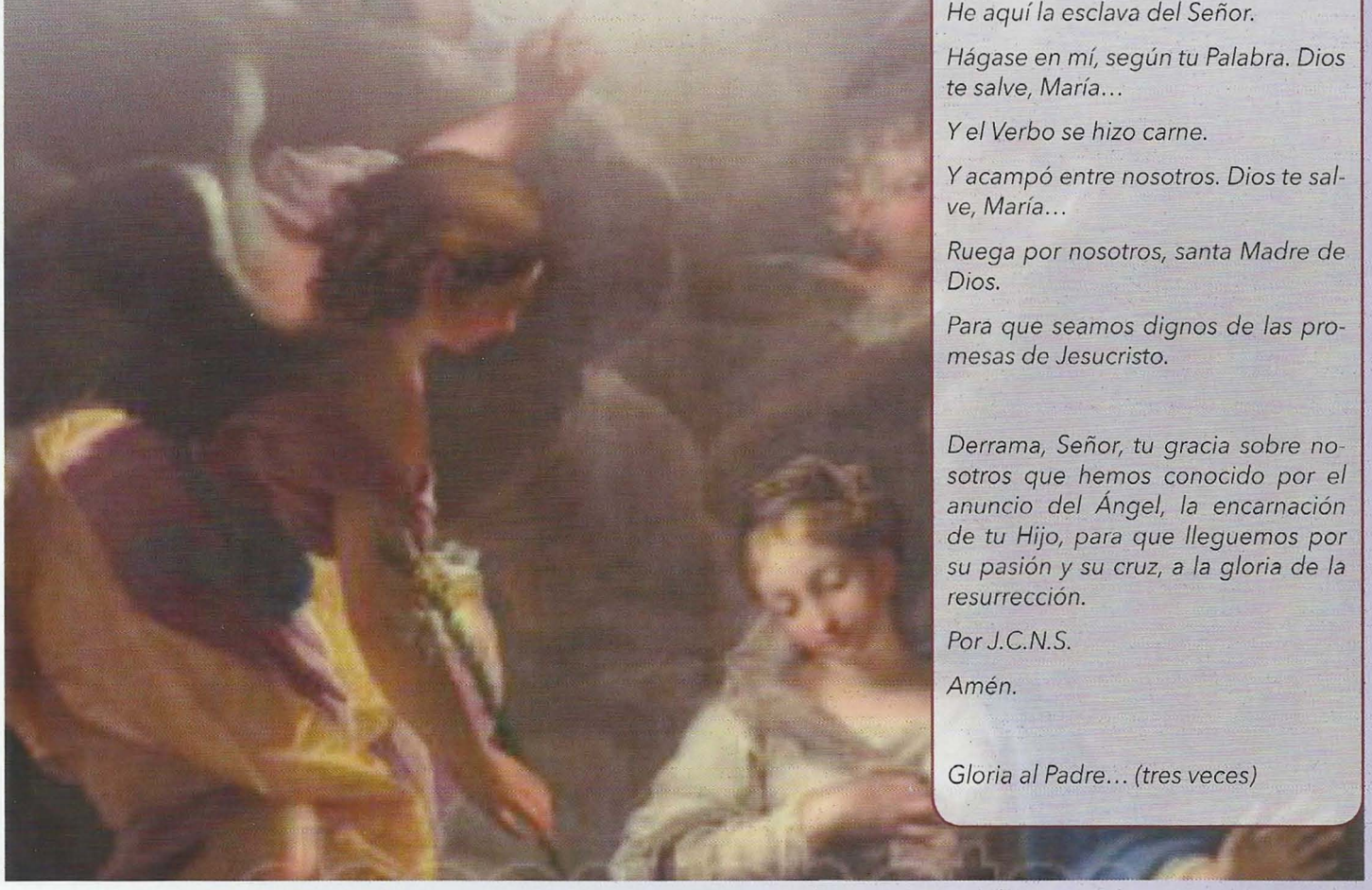
La Oración del *Angelus* nos recuerda que Dios llama a cumplir su voluntad en lo concreto y en la sencillez de la vida de cada día. Al recordar la Encarnación, esta oración nos ayuda a vivir nuestra vida en la fe, a renovar nuestra entrega filial a María nuestra Madre, a pedir por la paz en el mundo y en los corazones. En el trabajo y lucha por seguir mejor al Señor, esta oración nos dispone, en la escuela de María, a reconocer los tiempos de Dios y de su Gracia, y sobre todo, a no echar en saco roto las inspiraciones del Señor y a no dejar pasar la invitación de progresar en el camino de la santidad. Nos jugamos todo esto en las relaciones personales, en la atención a las pequeñas cosas, a lo que parece irrelevante, porque la magnanimidad se pone de manifiesto en las cosas sencillas y cotidianas.

Las opciones de vida no solo se preparan por las pequeñas decisiones de cada día, sino que se prolongan en el tiempo, con los pasos concretos con que se ejecutan. El **ejercicio de discernimiento** se convierte así en un

estilo de vida, que no solo se aplica en momentos extraordinarios, cuando hay que resolver problemas graves o hay que tomar una decisión crucial, sino en la variada realidad de la vida de cada día. Por eso el discernimiento es también un don que tenemos que pedir confiadamente al Espíritu Santo y, al mismo tiempo, cultivarlo con la oración y la reflexión, la lectura y el consejo. Esto vale en primer lugar para los jóvenes y para quienes tienen alguna responsabilidad educativa

La llamada a la alegría y a la vida en plenitud se ubica siempre dentro de un contexto cultural y de relaciones sociales. Es frente a las circunstancias de la vida cotidiana donde los jóvenes desean ser acompañados, formados y pasar a ser protagonistas. Por eso la Iglesia está llamada a «salir, ver, llamar» (DP III, 1.3), es decir, a invertir en tiempo para conocer y confrontarse con los vínculos y las oportunidades de los diferentes contextos sociales y culturales, y hacer resonar allí en modo comprensible la llamada a la alegría del amor. Al mismo tiempo, las relaciones sociales e interpersonales y la dinámica de la vida cotidiana (amistad, afectividad, relación con el tiempo y con el dinero, etc.) favorecen el surgimiento de deseos, ideas, emociones y sentimientos que un proceso de acompañamiento ayudará a reconocer e interpretar. Una perspectiva integral requiere asumir los vínculos que conectan ámbitos y contextos donde se desarrolla la vida de los jóvenes, exigencias de conversión de las prácticas pastorales y necesidades formativas de los acompañantes.

En particular, la experiencia o el encuentro con las fragilidades personales, propias o ajenas, de un grupo o de una comunidad, de una sociedad o de una cultura, son tan difíciles cuanto valiosos. Para los jóvenes puede ser una ocasión para descubrir recursos escondidos y para hacer nacer interrogantes, incluso desde una perspectiva vocacional, empujándolos a alejarse de una búsqueda continua de pequeñas seguridades. Acompañando estos procesos, la Iglesia descubrirá nuevas fronteras y nuevos recursos para cumplir su misión. (Instrumentum Laboris nn. 144-145).



Rezo del Angelus

El Ángel del Señor anunció a María.

Y concibió por obra del Espíritu Santo. Dios te salve, María…

He aquí la esclava del Señor.

Hágase en mí, según tu Palabra. Dios te salve, María…

Y el Verbo se hizo carne.

Y acampó entre nosotros. Dios te salve, María…

Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.

Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros que hemos conocido por el anuncio del Ángel, la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos por su pasión y su cruz, a la gloria de la resurrección.

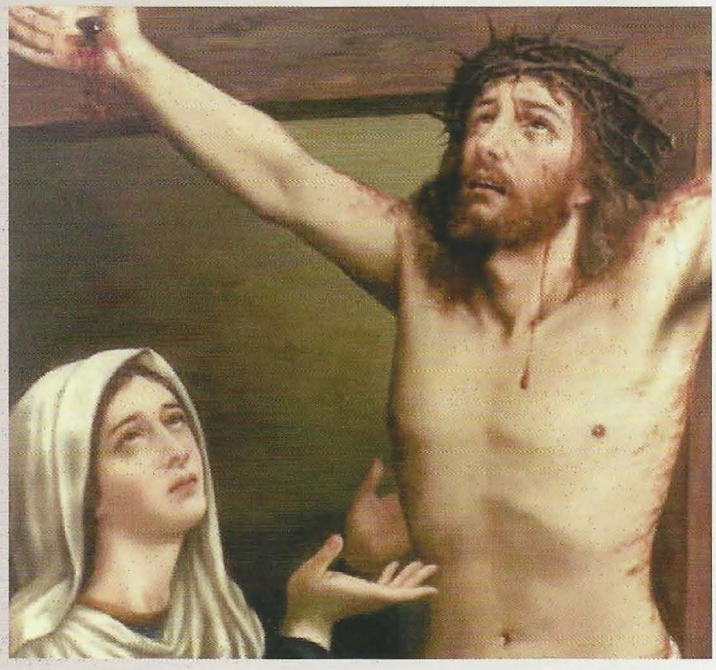
Por J.C.N.S.

Amén.

Gloria al Padre… (tres veces)

Abril María Madre y Corredentora

Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la redención alcanza su culminación en el calvario, donde Cristo *"a si mismo se ofreció inmaculado a Dios"* (Heb 9, 14) y donde María estuvo junto a la cruz (cfr. Jn 19, 15) *"sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con ánimo materno a su sacrificio, adhiriéndose con ánimo materno a su sacrificio, uniéndose amorosamente a la inmolación de la Víctima por Ella engendrada"* y ofreciéndola Ella misma al Padre Eterno. Para perpetuar en los siglos el Sacrificio de la Cruz, el Salvador **instituyó el Sacrificio Eucarístico**, memorial de su muerte y resurrección, y lo confió a la Iglesia su Esposa, la cual, sobre todo el domingo, convoca a los fieles **para celebrar la Pascua** del Señor hasta que El venga: lo que cumple la Iglesia en comunión con los Santos del cielo y, en primer lugar, con la bienaventurada Virgen María, de la que imita la caridad ardiente y la fe inquebrantable. (*Marialis Cultus* n. 20).



1. El "Camino de María"

María es el camino por el que Dios se presenta a nosotros y con el que nosotros podemos llegar a Él. La Madre, en efecto, no solo engendra y da a luz al Hijo de Dios, sino que lo acompaña en todo su camino: "Madre del Hijo consustancial al Padre y compañera generosa en la obra de la redención" (*Redemptoris Mater* n. 38). En la redención Ella es mediadora de los hombres ante el Mediador Jesús, y además de ser Madre de Cristo, es madre de la Iglesia y de la humanidad que está engendrando continuamente.

El "Camino de María" nos recuerda lo fundamental que es un acompañamiento en la vida que, partiendo de una mirada amorosa sobre nosotros y sobre la realidad que nos rodea, nos proyecte hacia un gozo y un amor cada vez más grande, que no teme el sacrificio ni la entrega de sí mismo. Y entonces el abandono a una voluntad más grande resulta algo natural, como un niño que, sintiéndose profundamente amado y comprendido, lee en la mirada de su padre la manera de vivir las diversas situaciones de la vida. Cuando entramos en este camino, en la escuela de María, la fe va creciendo poco a poco, fiándose cada vez más de esta mirada. El primer paso es aceptar nuestra pequeñez de creaturas, como María, con profunda **humildad. Este es el núcleo auténtico de la fe**: Dios salva mediante los pequeños y los humildes y a ellos dirige su mirada, apartándola de los soberbios y duros de mente y de corazón. El evento del Calvario nos dice que para acoger el gran amor de Jesús Crucificado, necesitamos una Madre que nos lo haga comprender: Ella es el camino para ir a Cristo y por el que Cristo viene a nuestro encuentro para atraernos a sí. Con el pecado original la existencia humana ha sido trastornada por la pretensión orgullosa y prepotente del demonio de sustituir a Dios. Cristo ha vencido al demonio, asociándonos a su victoria: se ha encarnado gracias al "sí" de una mujer que se ha entregado totalmente a la voluntad de Dios.

Por eso lo ha vencido mediante Ella y con Ella. Es por lo menos humillante para el antagonista de Dios ser derrotado por una criatura frágil pero fuerte en su humildad.

2. María al pie de la Cruz y presente en la celebración eucarística

Expresión sacramental del misterio de la Cruz es el Sacrificio de la Misa que perpetúa y actualiza el único sacrificio redentor de Cristo, como muy bien recuerda la Plegaria Eucarística III, que expresa con intensa súplica el deseo de los orantes de compartir con la Madre la herencia de los hijos: *"Que Él nos transforme en*

ofrenda permanente para que gocemos de tu heredad junto con tus elegidos: con María, la Madre de Dios". Esta memoria cotidiana, por su colocación en el corazón del divino sacrificio, debe ser cnsiderada forma particularmente expresiva del culto que la Iglesia tributa a la *Bendecida por el Altísimo*" (cfr. Lc 1,28).

3. María perseverante en la noche de la fe

A la muerte del Hijo abandonado en la cruz, sigue un tiempo de oscuridad, el **sábado santo** de la postración y de la espera, en el que la tradición cristiana ha reconocido un papel único a María, la Virgen Madre de Jesús, como dice el título de "*Sancta Maria in Sabbato*". Mientras el Hijo yace muerto en el sepulcro, la Madre guarda la fe, abandonada en las manos de Dios fiel que cumplirá sus promesas. Por eso es una antigua costumbre litúrgica consagrar el sábado a la Virgen, en memoria de aquel "gran sábado" en el que Ella guardó en su persona toda la fe de la Iglesia y de la humanidad, esperando trepidante la resurrección. El sábado santo de María nos habla de modo elocuente a nosotros peregrinos en el gran sábado del tiempo, que desembocará en el domingo sin ocaso, en el que Dios será todo en todos y el mundo entero será la patria de Dios. La cruz, sobre todo los cansancios y padecimientos que soportamos para vivir el sacramento del amor y el camino de la justicia, es fuente de maduración y santificación.

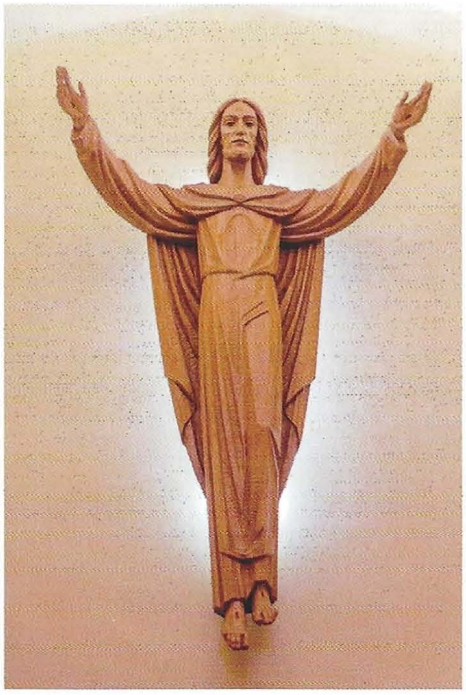
En el tiempo del silencio de Dios, en el estupor doloroso ante el Dios crucificado y abandonado, viene bien preguntarnos a ejemplo y con la intercesión de María: ¿Creo verdaderamente en el amor que Dios me tiene? ¿Me pongo a la escucha dócil y perseverante de su proyecto de amor sobre mí? ¿Vivo la alegría de saberme amado por Cristo y en Él por el Padre, también en el tiempo de la prueba y del silencio de Dios? ¿Muestro esa satisfacción? ¿Trato de agradar siempre y solo a Dios en todos mis gestos, sin buscar las apariencias o ponerme máscaras de defensa o evasión?

Que la Virgen Madre nos ayude a responder a estos interrogantes y a vivir como Ella ha vivido el

primado del amor y de la fe en el largo sábado del tiempo, del que el sábado santo es figura y profecía, hasta que llegue el domingo sin ocaso, en el que María ya ha entrado, anticipando el destino de cuantos han creído en su Hijo, amando y esperando con la ayuda de su gracia.

4. Don Bosco, testimonio de la resurrección

También el carisma de Don Bosco tiene su centro en el misterio pascual del Señor: Don Bosco ha sido signo y portador del amor de Dios a los jóvenes, guiándoles a la fuente de la redención realizada en la Pascua del Señor y celebrada en los sacramentos de la Eucaristía y de la Penitencia. El oratorio de Don Bosco se inició el 12 de abril de 1846, Pascua de Resurrección, y Don Bosco fue canonizado el día de Pascua del Año Santo de la redención (1 de abril de 1934). Estamos llamados a celebrar, anunciar vivir y trasmitir a las nuevas generaciones la gracia del Señor muerto y resucitado.



Cada acompañamiento es un modo de proponer la llamada a la alegría y, por lo tanto, puede convertirse el terreno apto para anunciar la buena noticia de la Pascua y favorecer el encuentro con Jesús muerto y resucitado: un *kerygma* «que exprese el amor salvífico de Dios previo a la obligación moral y religiosa, que no imponga la verdad y que apele a la libertad, que posea unas notas de alegría, estímulo, vitalidad, y una integralidad armoniosa» (EG 165). Al mismo tiempo, cada servicio de acompañamiento es una ocasión para crecer en la fe para quienes lo realizan y para la comunidad a la que pertenece. Por este motivo, el principal requisito del buen acompañante es haber gustado en primera persona "la alegría del amor", que desenmascara la falsedad de las gratificaciones mundanas y colma el corazón del deseo de comunicarla a los demás (*Instrumentum Laboris* n. 173).

Teniendo en cuenta que «la fe tiene una estructura sacramental» (LF 40), algunas CE piden que se desarrolle **el vínculo genético entre fe, sacramentos y liturgia** en la planificación de los itinerarios de pastoral juvenil, a partir de la centralidad de la Eucaristía, «fuente y cumbre de toda la vida cristiana» (LG 11) y «fuente y cima de toda la evangelización» (PO 5). Varias CE aseguran que, cuando la liturgia y el ars celebrandi, están bien preparadas hay siempre un número significativo de jóvenes activos y partícipes. Teniendo en cuenta que en la sensibilidad juvenil habla más la experiencia que los conceptos, las relaciones que las nociones, algunas CE observan que las celebraciones eucarísticas y otros momentos de celebración - a menudo considerados puntos de llegada - pueden llegar a ser lugar y oportunidad para un renovado primer anuncio a los jóvenes. Las CE de algunos países dan testimonio de la eficacia de la "pastoral de los ministrantes" para hacer gustar a los jóvenes el espíritu de la liturgia; sin embargo, será oportuno reflexionar sobre cómo ofrecer una formación litúrgica adecuada a todos los jóvenes. (Intrumentum Laboris n. 188).

Madre del Redentor, Virgen fecunda
puerta del cielo siempre abierta,
estrella del mar,
ven a librar al pueblo que tropieza
y quiere levantarse.

Ante la admiración de cielo y tierra, engendraste a tu santo Creador,
y permaneces siempre virgen.
Recibe el saludo del ángel Gabriel
y ten piedad de nosotros, pecadores.

Mayo Rosario - Compendio de todo el Evangelio

1. El Rosario, oración evangélica

Así, por ejemplo, se ha puesto en más clara luz **la índole evangélica del *Rosario***, en cuanto saca del Evangelio el enunciado de los misterios y las fórmulas principales; se inspira en el Evangelio para sugerir, partiendo del gozoso saludo del Ángel y del religioso consentimiento de la Virgen, la actitud con que debe recitarlo el fiel; y continúa proponiendo, en la sucesión armoniosa de las Avemarías, un misterio fundamental del Evangelio -la Encarnación del Verbo- en el momento decisivo de la Anunciación hecha a María. Oración evangélica por tanto *el Rosario*, como hoy día, quizá más que en el pasado, gustan definirlo los pastores y los estudiosos.

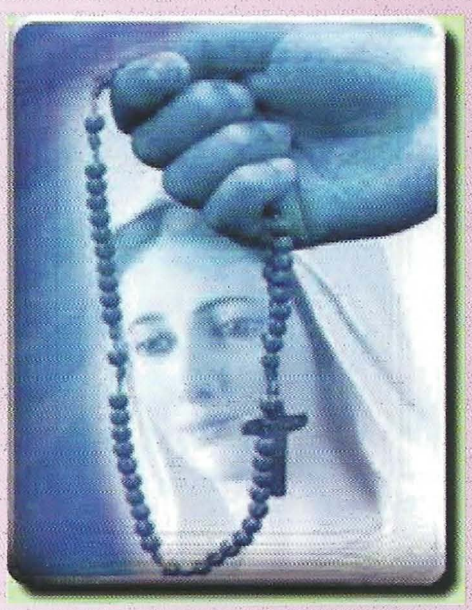
Se ha percibido también más fácilmente cómo el ordenado y gradual desarrollo del *Rosario* refleja el modo mismo en que el Verbo de Dios, insertándose con determinación misericordiosa en las vicisitudes humanas, ha realizado la redención: en ella, en efecto, el *Rosario* considera **en armónica sucesión los principales acontecimientos salvíficos** que se han cumplido en Cristo: desde la concepción virginal y los misterios de la infancia hasta los momentos culminantes de la Pascua -la pasión y la gloriosa resurrección- y a los efectos de ella sobre la Iglesia naciente en el día de Pentecostés y sobre la Virgen en el día en que, terminando el exilio terreno, fue asunta en cuerpo y alma a la patria celestial. Y se ha observado también cómo la triple división de los misterios del Rosario no sólo se adapta estrictamente al orden cronológico de los hechos, sino que sobre todo refleja el esquema del primitivo anuncio de la fe y propone nuevamente el misterio de Cristo de la misma manera que fue visto por San Pablo en el célebre himno de la Carta a los Filipenses: humillación, muerte y exaltación *(Fil 2,6-11)*.

Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, *el Rosario* es, pues, **oración de orientación profundamente cristológica**. En efecto, su elemento más característico -la repetición litánica del *Dios te salve, María* - se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último de la anunciación del Ángel y del saludo de la Madre del Bautista: "*Bendito el fruto de tu vientre*" (Lc 1,42). Diremos más: la repetición del *Ave María* constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios; el Jesús que toda Ave María recuerda, es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen, nacido en una gruta de Belén; presentado por la Madre en el Templo; joven lleno de celo por las cosas de su Padre; Redentor agonizante en el huerto; flagelado y coronado de espinas; cargado con la cruz y agonizante en el calvario; resucitado de la muerte y ascendido a la gloria del Padre para derramar el don del Espíritu Santo. Es sabido que, precisamente para favorecer la contemplación y "que la mente corresponda a la voz", se solía en otros tiempos -y la costumbre se ha conservado en varias regiones- añadir al nombre de Jesús, en cada Ave María, una cláusula que recordase el misterio anunciado.

Se ha sentido también con mayor urgencia la necesidad de recalcar, al mismo tiempo que el valor del elemento laudatorio y deprecatorio, la importancia de otro elemento esencial del *Rosario*: **la contemplación**. Sin ésta el Rosario es un cuerpo sin alma y su rezo corre el peligro de convertirse en mecánica repetición de fórmulas y de contradecir la advertencia de Jesús: "**cuando oréis no seáis charlatanes como los paganos que creen ser escuchados en virtud de su locuacidad**" (Mt 6,7). Por su naturaleza el rezo del Rosario exige un ritmo tranquilo y un reflexivo remanso que favorezcan en quien ora la meditación de los misterios de la vida del Señor, vistos a través del Corazón de Aquella que estuvo más cerca del Señor, y que desvelen su insondable riqueza. (*Marialis Cultus* nn. 44-47).

2. Los misterios luminosos

El Papa Juan Pablo II con la Carta Apostólica "*Rosarium Virginis Mariae*" ha introducido en el rezo del Santo Rosario, los "*Misterios luminosos*", afirmando que "pasando de la infancia y de la vida en Nazaret a la vida pública de Jesús, la contemplación nos lleva a los misterios que pueden llamarse, de modo especial, 'misterios de luz'. En realidad todo



el misterio de Cristo es luz. Él es la "luz del mundo" (Jn 8,12). Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo en los años de la vida pública, cuando anuncia el Evangelio del Reino. Deseando indicar a la comunidad cristiana cinco momentos significativos -'misterios luminosos'- de esta fase de la vida de Cristo, pienso que se pueden señalar:

1. su Bautismo en el Jordán;
2. su autorrevelación en las bodas de Caná;
3. su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión;
4. su Transfiguración;
5. y, finalmente, la institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual.

Cada uno de estos misterios revela el Reino ya presente en la persona misma de Jesús. Excepto en el de Caná, en estos misterios la presencia de María queda en el trasfondo. Los Evangelios apenas insinúan su eventual presencia en algún que otro momento de la predicación de Jesús (cf. Mc 3, 31-35; Jn 2, 12) y nada dicen sobre su presencia en el Cenáculo en el momento de la institución de la Eucaristía. Pero, de algún modo, el cometido que desempeña en Caná acompaña toda la misión de Cristo. La revelación, que en el Bautismo en el Jordán proviene directamente del Padre y ha resonado en el Bautista, aparece también en labios de María en Caná y se convierte en su gran invitación materna dirigida a la Iglesia de todos los tiempos: «Haced lo que él os diga» (Jn 2, 5). Es una exhortación que introduce muy bien las palabras y signos de Cristo durante su vida pública, siendo como el telón de fondo mariano de todos los 'misterios de luz'. (RVM, n. 21).

3. Don Bosco y el Rosario

"Todos los que conocieron a Juan de niño, atestiguan su amor a la oración y su gran devoción a la Virgen Santísima. El santo Rosario debía serle familiar, puesto que desde los primeros tiempos del Oratorio hasta los últimos años de su vida quiso que indefectiblemente lo rezaran los jóvenes cada día: nunca admitió que pudiera haber una razón para dispensar a una comunidad de rezarlo. **Para él era una práctica de piedad necesaria para llevar una vida virtuosa**, como el pan cotidiano para conservarse fuerte y no morir"

Juanito Bosco aprendió a amar y a rezar el Rosario en la escuela de Mamá Margarita, como el mismo decía: "Su mayor preocupación (de Mamá Margarita) fue instruir a los hijos en la religión, enseñarles a obedecer y ocuparlos en cosas propias de su edad. Desde muy pequeño, ella misma me enseñó las oraciones; apenas fui capaz de unirme a mis hermanos me arrodillaba con ellos por la mañana y por la noche y, juntos, recitábamos las oraciones y la tercera parte del Rosario"

Mamá Margarita se distinguió como maestra de oración y la oración es un acto de familia, de compartir la fe.

Al describir las prácticas de piedad más comunes en el Oratorio se afirma: "Pero lo que más le interesaba a Don Bosco era el santo Rosario y por eso escribe unas brevísimas consideraciones para cada uno de los quince misterios. Hacía recitar la tercera parte del Rosario cada día de fiesta, animando fervorosamente a sus muchachos para que siguieran rezándolo en sus casas, a diario, a ser posible. Él, mientras estuvo solo, recitaba diariamente la tercera parte con su madre, después, al juntarse los primeros muchachos asilados, se rezaba diariamente durante la santa misa. Desde que se abrió el Oratorio de Valdocco hasta nuestros días, resonó esta oración tan querida de María y tan eficaz en las horas angustiosas de la Iglesia, dentro de su querido recinto, al despertar de cada aurora. Solo una vez al año, por la tarde de Todos los Santos, se recitó siempre, por entero, el Rosario en sufragio de las almas del purgatorio, y Don Bosco no dejó nunca de participar, arrodillado en el presbiterio y dirigiendo él mismo, a menudo, la plegaria"

Recordemos que en I Becchi, lugar donde nació Don Bosco, en el piso bajo de la casa de su hermano José, en la parte oeste de la habitación, había adaptado un pequeño espacio para capilla, y Don Bosco lo dedicó a la Virgen del Rosario. La capillita fue inaugurada el 8 de octubre de 1848 y hasta el 1869 el santo celebraba cada año la fiesta de la Virgen del Rosario solemnizándola con la banda musical de los muchachos de Valdocco. Este local fue el primer centro de culto mariano querido por Don Bosco y testigo privilegiado de los comienzos de la Congregación Salesiana. En efecto, aquí, el 3 de octubre de 1852, Miguel Rua y José Rocchietti se impusieron la sotana. También en esta capilla rezó ciertamente Domingo Savio, el 2 de octubre de 1854, con ocasión de su primer encuentro con Don Bosco y en los dos años sucesivos durante las vacaciones otoñales en I Becchi.

4. Oración de la familia

Y ahora, en continuidad de intención con nuestros Predecesores, queremos recomendar vivamente el rezo del *Santo Rosario* en familia. El Concilio Vaticano II ha puesto en claro cómo la familia, célula primera y vital de la sociedad *"por la mutua piedad de sus miembros y la oración en común dirigida a Dios se ofrece como santuario doméstico de*

la Iglesia". **La familia cristiana, por tanto, se presenta como una Iglesia doméstica** cuando sus miembros, cada uno dentro de su propio ámbito e incumbencia, promueven juntos la justicia, practican las obras de misericordia, se dedican al servicio de los hermanos, toman parte en el apostolado de la comunidad local y se unen en su culto litúrgico; y más aún, se elevan en común plegarias suplicantes a Dios; porque si fallase este elemento, faltaría el carácter mismo de familia como Iglesia doméstica. **Por eso debe esforzarse para instaurar en la vida familiar la oración en común**.

Después de la celebración de la Liturgia de las Horas –cumbre a la que puede llegar la oración doméstica–, no cabe duda de que el Rosario a la Santísima Virgen debe ser considerado **como una de las más excelentes y eficaces oraciones comunes que la familia cristiana está invitada a rezar**. Nos queremos pensar y deseamos vivamente que cuando un encuentro familiar se convierta en tiempo de oración, *el Rosario* sea su expresión frecuente y preferida. Sabemos muy bien que las nuevas condiciones de vida de los hombres no favorecen hoy momentos de reunión familiar y que, incluso cuando eso tiene lugar, no pocas circunstancias hacen difícil convertir el encuentro de familia en ocasión para orar. Difícil, sin duda. Pero es también una característica del obrar cristiano no rendirse a los condicionamientos ambientales, sino superarlo; no sucumbir ante ellos, sino hacerles frente. Por eso las familias que quieren vivir plenamente la vocación y la espiritualidad propia de la familia cristiana, deben desplegar toda clase de energías para marginar las fuerzas que obstaculizan el encuentro familiar y la oración en común (*Marialis Cultus* nn. 52.54).

5. Modo de rezarlo

El Rosario, según la tradición admitida por nuestros Predecesor S. Pío V y por él propuesta autorizadamente, consta de varios elementos orgánicamente dispuestos:

a) la contemplación, en comunión con María, de una serie de misterios de la salvación, sabiamente distribuidos en tres ciclos que expresan el gozo de los tiempos mesiánicos, el dolor salvífico de Cristo, la gloria del Resucitado que inunda la Iglesia; contemplación que, por su naturaleza, lleva a la reflexión práctica y a estimulante norma de vida;

b) la oración dominical o *Padrenuestro*, que por su inmenso valor es fundamental en la plegaria cristiana y la ennoblece en sus diversas expresiones;

c) la sucesión litánica del *Avemaría*, que está compuesta por el saludo del Ángel a la Virgen (cfr. Lc 1,28) y la alabanza obsequiosa del santa Isabel (Cfr. Lc 1,42), a la cual sigue la súplica eclesial *Santa María*. La serie continuada de las *Avemarías* es una característica peculiar del *Rosario* y su número, en le forma típica y plenaria de ciento cincuenta, presenta cierta analogía con el Salterio y es un dato que se remonta a los orígenes mismos de este piadoso ejercicio. Pero tal número, según una comprobada costumbre, se distribuye –dividido en decenas para cada misterio– en los tres ciclos de los que hablamos antes, dando lugar a la conocida forma del Rosario compuesto por cincuenta *Avemarías*, que se ha convertido en la medida habitual de la práctica del mismo y que ha sido así adoptado por la piedad popular y aprobado por la Autoridad pontificia, que lo enriqueció también con numerosas indulgencias;

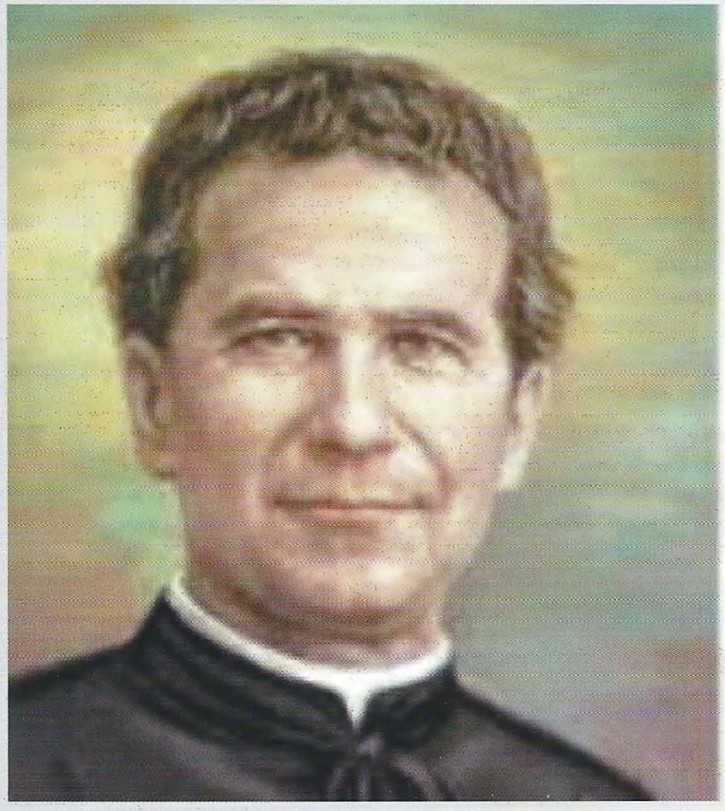
d) la doxología *Gloria al Padre* que, en conformidad con una orientación común de la piedad cristiana, termina la oración con la glorificación de Dios, uno y trino, "de quien, por quien y en quien subsiste todo" (Cf. Rom 11,36). (*Marialis Cultus* n. 49).

Junio

¡Auxiliadora de los cristianos, ruega por nosotros!

Cristo es el único camino al Padre (*cf. Jn 14, 4-11*). Cristo es el modelo supremo al que el discípulo debe conformar la propia conducta (*cf. Jn 13, 15),* hasta lograr tener sus mismos sentimientos (*cf. Fil 2,5*), vivir de su vida y poseer su Espíritu (*cf. Gál 2, 20; Rom 8, 10-11)*; esto es lo que la Iglesia ha enseñado en todo tiempo y nada en la acción pastoral debe oscurecer esta doctrina. Pero la Iglesia, guiada por el Espíritu Santo y amaestrada por una experiencia secular, reconoce que también la piedad a la Santísima Virgen, de modo subordinado a la piedad hacia el Salvador y en conexión con ella, **tiene una gran eficacia pastoral** y constituye una fuerza renovadora de la vida cristiana. La razón de dicha eficacia se intuye fácilmente. En efecto, **la múltiple misión de María hacia el Pueblo de Dios** es una realidad sobrenatural operante y fecunda en el organismo eclesial. Y alegra el considerar los singulares aspectos de dicha misión y ver cómo ellos se orientan, cada uno con su eficacia propia, hacia el mismo fin: **reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito**. Queremos decir que la maternal intercesión de la Virgen, su santidad ejemplar y la gracia divina que hay en Ella, se convierten para el género humano en motivo de esperanza.

La misión maternal de la Virgen empuja al Pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a acogerlo **con afecto de madre y con eficaz ayuda de auxiliadora**; por eso el Pueblo de Dios la invoca como Consoladora de los afligidos, Salud de los enfermos, Refugio de los pecadores, para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad, fuerza liberadora del pecado; porque Ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a esto: a vencer con enérgica determinación el pecado. Y, - hay que afirmarlo nuevamente-, **dicha liberación del pecado es la condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas** (*Marialis Cultus* n. 57).



1. Don Bosco, apóstol de la Auxiliadora

La devoción a la Auxiliadora, para Don Bosco, no es subrayar un título, particular y original, desconocido anteriormente. Es, por el contrario, el reclamo a la maternidad universal de María, que interviene en la obra de fundación de su Familia, realizando así un trabajo conjunto. Es convicción profunda y arraigadísima de Don Bosco: 'Ella lo ha hecho todo'. Nos podemos fiar de María. Por lo mismo también podemos confiarnos a Ella. Todo esto de acuerdo con la línea eclesial que valora las diversas expresiones públicas y privadas de liturgia, de doctrina, de espiritualidad y de piedad popular que la Iglesia reconoce y autoriza. En nuestro tiempo, podremos practicar la pasión apostólica del *"Da mihi animas, caetera tolle"*, solo si echamos el ancla en las dos grandes columnas de la espiritualidad y de la pedagogía salesiana: la Eucaristía y María Santísima. De una devoción a Jesús Eucaristía y a la Virgen Auxiliadora se podrán construir nuevas relaciones fraternas capaces de desarrollar discernimiento y acción educativa y pastoral.

2. La defensa y desarrollo de la fe.

La visión apostólica de Don Bosco entiende la devoción mariana como elemento de fuerza para consolidar y proteger la fe católica del pueblo cristiano. Conservar y defender la fe entre los jóvenes y el pueblo ha sido la preocupación constante de Don Bosco y el motivo de sus iniciativas apostólicas. Así lo ha reconocido san Juan Pablo II al subrayar que Don Bosco ha visto en María "el fundamento de su ya mundial obra en favor de la juventud y de la promoción y defensa de la fe. Repetía con frecuencia que 'María misma se había edificado su casa', como si estuviese subrayando que la Virgen había inspirado milagrosamente todo su camino espiritual y apostólico de gran educador y, todavía más ampliamente, que María ha sido puesta por Dios como ayuda y defensa de toda su Iglesia" (*Angelus* del 31 de enero de 1988). Por lo demás, este fue el objetivo de Don Bosco desde el momento en que proyectó la iglesia de María Auxiliadora.

La clase popular es el ambiente natural y ordinario donde llevar a cabo la opción juvenil; el lugar social y humano donde buscar y encontrar a la juventud. Existe, en efecto, entre los jóvenes y el pueblo una relación de compenetración. El compromiso de la Familia de Don Bosco, por acompañarlos en el trabajo de formación humana y de crecimiento en la fe, persigue poner de manifiesto los valores evangélicos de los que los pobres son portadores: el sentido de la vida, la esperanza de un futuro mejor.

3. ADMA

Don Bosco trazó, también con la Asociación de devotos de María Auxiliadora, de la que en el 2019 celebramos el 150 aniversario de su fundación, un camino de educación en la fe para el pueblo, valorando los contenidos de la devoción popular y orientándolos a la sabiduría evangélica, que responde a los grandes interrogantes de la existencia. La fe nos impulsa a intervenir, a tomar iniciativas, a estimular, animar, ayudar, espolear, dedicarnos a una causa evangélica, a la promoción humana, a la educación de la juventud. La oración, la adhesión a la Asociación, la vida eucarística, la fidelidad al Papa y a los pastores de la Iglesia se expresan en un compromiso y un testimonio de vida.

"En la Familia Salesiana, la Asociación subraya y defiende la devoción popular mariana como instrumento de evangelización y de promoción de los ambientes populares y de la juventud necesitada" (*Reglamento ADMA* art. 3).

La pertenencia de ADMA a la Familia Salesiana no es genérica, sino que está enraizada en la particular devoción mariana vivida y difundida por San Juan Bosco. El carácter mariano de la Asociación expresa uno de los elementos constitutivos del carisma y espíritu salesiano. De esta pertenencia, así motivada, deriva el compromiso de participación en la misión juvenil y popular propia del carisma salesiano, valorando el compromiso de custodia, incremento y defensa de la fe en el pueblo de Dios.

"Hoy, cuando la fe es puesta a dura prueba, y muchos hijos e hijas del Pueblo de Dios están expuestos a persecuciones a causa de su fidelidad al Señor Jesús, cuando la humanidad... muestra una grave crisis de valores espirituales, la Iglesia siente la necesidad de la intervención mater-

na de María, para robustecer la propia adhesión al único Señor y Salvador, para llevar adelante con la frescura y el coraje de los orígenes cristianos, la evangelización del mundo para iluminar y guiar la fe de las comunidades y de cada uno, y en particular para educar en el sentido cristiano de la vida a los jóvenes a los que Don Bosco se entregó por entero como padre y maestro". (Juan Pablo II, Angelus del 31 de enero de 1988).

4. La piedad popular

Para defender e incrementar la fe en el pueblo de Dios, desde siempre la Iglesia ha valorado y alentado las expresiones de piedad popular, en estrecha relación de dependencia con la liturgia. En particular, en la Familia Salesiana se ha difundido una práctica, la **Conmemoración de María Auxiliadora el 24 de cada mes, la novena y la fiesta de la Auxiliadora.** Cuando rezamos, cuando recitamos el Rosario, cuando conmemoramos a María Auxiliadora, cuando vamos en peregrinación, llevamos con nosotros a todas las personas que nos necesitan. No podemos permanecer indiferentes ante situaciones familiares, educativas, sociales, laborables, políticas, eclesiales de pobreza, de explotación, de violencia, de pérdida de fe, sin interrogarnos sobre nuestro deber. Los jóvenes descarriados, temerosos, desorientados, sin perspectiva de futuro, son nuestros destinatarios, recibidos de María Auxiliadora como Don Bosco los recibió en el sueño de los nueve años. En la medida en que nos dediquemos a estas necesidades de la sociedad, en particular de los jóvenes, el mundo reconocerá que somos hijos e hijas de la Virgen de Don Bosco.

Una religiosidad no fin en sí misma, anima y se encarna en las obras apostólicas, educativas y caritativas en la parroquia de pertenencia, como expresión concreta de comunión y colaboración con la Iglesia local y manifestación del carisma salesiano en el ambiente eclesial en el que estamos insertos.

OREMOS A MARÍA AUXILIADORA

¡Oh María Auxiliadora!
Tú, inmersa en el mar luminoso de la Trinidad,
y sentada en un trono de nubes,
Tú coronada de estrellas como Reina del cielo y de la tierra,
Tú, que sostienes al Niño, Hijo de Dios,
en tus brazos abiertos,
derrama tus gracias en quien acude a ti.
Tú, rodeada, como una corona humana,
por Pedro, por Pablo, los Apóstoles y Evangelistas,
que te proclaman su Reina;
Tú, que unes el cielo y la tierra,
Tú, Madre de la Iglesia que está ya en la gloria celestial
y de la Iglesia peregrina en el mundo,
haznos constructores incansables del Reino,
llénanos de la pasión del "Da mihi animas",
haznos signos del amor de Dios para los pequeños y los pobres,
protégenos del enemigo.
y en la hora de la muerte, llévanos a la vida eterna.
Amén.

Julio –Agosto

María, Santísima

La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina: finalidad última de toda acción pastoral. Porque es imposible honrar a la *"Llena de gracia"* (Lc 1, 28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión en El, la inhabitación del Espíritu. Esta gracia divina alcanza a todo el hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo (cf. Rom 2, 29; Col 1, 18). La Iglesia católica, basándose en su experiencia secular, **reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda** para el hombre hacia la conquista de su plenitud. Ella, la Mujer nueva, está junto a Cristo, el Hombre nuevo, en cuyo misterio solamente encuentra verdadera luz el misterio del hombre, (124) como prenda y garantía de que en una simple criatura –es decir, en Ella– se ha realizado ya el proyecto de Dios en Cristo para la salvación de todo hombre. Al hombre contemporáneo, frecuentemente atormentado entre la angustia y la esperanza, postrado por la sensación de su limitación y asaltado por aspiraciones sin confín, turbado en el ánimo y dividido en el corazón, la mente suspendida por el enigma de la muerte, oprimido por la soledad mientras tiende hacia la comunión, presa de sentimientos de náusea y hastío, la Virgen, contemplada en su vicisitud evangélica y en la realidad ya conseguida en la Ciudad de Dios, ofrece una visión serena y una palabra tranquilizadora: **la victoria de la esperanza** sobre la angustia, de la comunión sobre la soledad, de la paz sobre la turbación, de la alegría y de la belleza sobre el tedio y la náusea, de las perspectivas eternas sobre las temporales, de la vida sobre la muerte (*Marialis Cultus* n. 57).

1. María, dichosa porque ha creído

Cuando María llega a la casa de Zacarías e Isabel, ésta la saluda con palabras sorprendentes: "¡Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá!" es una confesión de fe en la fe de María; es un reconocimiento de la fuente de su felicidad. Poco después, María misma dirá, siempre según la narración teológica de Lucas: "Desde ahora me felicitarán todas las generaciones" (Lc 1,48).

La madre de Jesús es, pues, para nosotros el prototipo de la persona dichosa; la palabra "dichosa", "bienaventurada", es sinónimo de "santa", porque expresa que la persona fiel a Dios y que vive su Palabra alcanza, en la entrega de sí, la verdadera felicidad. No sin razón, ordinariamente se acompaña su nombre con un adjetivo en grado superlativo: "La Santísima Virgen María". Y sin embargo, también Ella vivió momentos difíciles y duros durante su vida: más aun, momentos humanamente absurdos. Los recordamos, aunque solo sea vagamente: la huida a Egipto apenas nacido su hijo (Mt 2,14-15); la pérdida del hijo adolescente en el templo (Lc 2,41-50); las incomprensiones y perplejidad ante su modo "extraño" de comportarse (Mc 3,20-21; 31-35); su tajante toma de posición ante la familia (Mc 3, 31-35; Lc 11,27); y sobre todo el epílogo desconcertante de su aventura, muriendo en la cruz... Y, a pesar de todo, Ella "creyó en el cumplimiento de las palabras del Señor". En las que el Señor le había dicho por medio de ángel sobre su futuro Hijo y en las que decía su mismo Hijo sobe el Reino de Dios.

Para María, creer significó tener una ilimitada confianza en el Dios de la vida y del amor que impregnaba su vida y la de la en-

tera humanidad. Por encima de todo estaba convencida de que este Dios solo quería el bien y la felicidad de todos y de cada uno, y que, por tanto, "nada era imposible para Él", como la había dicho el ángel en la anunciación (Lc 1,37). Por eso Ella le había respondido: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra", poniéndose totalmente en sus manos. Ciertamente no con una actitud pasiva e inerte, sino rebosante operosidad y solicitud materna. Así el Señor pudo hacer "cosas grandes en Ella" (Lc 1,49), y Ella fue dichosa: fue madre de Aquel que trajo la Vida al mundo. Cuando más tarde superado el trágico momento de la cruz y del sepulcro, los discípulos de su Hijo, ya definitivamente creyentes en Él y en su gran sueño, volvieron a reunirse para recibir el Espíritu Santo y lanzarse a la gran aventura de anunciarlo al mundo, estaba con ellos "la madre de Jesús" (Hech 1,14). Los sostenía en su fe y ciertamente, compartía con ellos los diversos acontecimientos. **¡Vivía con ellos la bienaventuranza de la fe**!

En los momentos de flaqueza y de dificultad en tu fe, cuando quizá todo te parezca absurdo e imposible, **dirige tu mirada a María**. Ella, como frecuentemente decía un gran devoto suyo, S. Bernardo, es la estrella que brilla luminosa en medo de la tormenta. Confíale a Ella tus dificultades y ten gran confianza en Ella y en el Dios de la vida y del amor en el que María, como hijo suyo, creyó hasta lo imposible. El Señor pide todo, y lo que ofrece es la vida verdadera, la felicidad para la que hemos sido creados. Él nos quiere santos y no quiere que nos contentemos con una existencia mediocre, gris e inconsistente.

> Cuando escrutamos ante Dios los caminos de la vida, no hay espacios que queden excluidos. En todos los aspectos de la existencia podemos seguir creciendo y entregarle algo más a Dios, aun en aquellos donde experimentamos las dificultades más fuertes. Pero hace falta pedirle al Espíritu Santo que nos libere y que expulse ese miedo que nos lleva a vetarle su entrada en algunos aspectos de la propia vida. El que lo pide todo también lo da todo, y no quiere entrar en nosotros para mutilar o debilitar sino para dar plenitud. Esto nos hace ver que el **discernimiento** no es un autoanálisis ensimismado, una introspección egoísta, sino **una verdadera salida de nosotros mismos hacia el misterio de Dios**, que nos ayuda a vivir la misión a la cual nos ha llamado para el bien de los hermanos (**Gaudete et Exsultate** n. 175).

2. Don Bosco quiere que sus jóvenes sean felices en el tiempo y en la eternidad - La juventud, un tiempo para la santidad

En la introducción a su carta de Roma del 10 de mayo de 1884, Don Bosco escribe a sus jóvenes: "Uno solo es mi deseo: veros felices en el tiempo y en la eternidad". Al final de su vida terrena, estas palabras resumen el núcleo de su mensaje a los jóvenes de todas las épocas y de todo el mundo. Ser felices, como meta soñada por todo joven, hoy, mañana, en el tiempo. Pero no solo. En la eternidad, que es ese más que solo Jesús y su propuesta de felicidad, precisamente la santidad, sabe ofrecer. Es la respuesta a la sed profunda del 'para siempre' que arde en todo joven. El mundo, las sociedades de todas las naciones, ni siquiera pueden proponer 'el para siempre' y la felicidad eterna. Dios sí. Para Don Bosco, todo estaba clarísimo. Sus últimas palabras a los jóvenes fueron: "Decid a mis jóvenes que los espero a todos en el Paraíso". Esto debería entusiasmar y alentar a cada uno a entregarse totalmente a sí mismo, para crecer en ese proyecto único e irrepetible que desde toda la eternidad Dios ha querido para él en Cristo Jesús.

Convencido de que «**La santidad es el rostro más bello de la Iglesia**» (GE 9), antes de proponerla a los jóvenes, todos estamos llamados a vivirla como testigos, convirtiéndonos así en una comunidad "simpática", como narran en varias ocasiones los Hechos de los Apóstoles (cfr. GE 93). Sólo a partir de esta coherencia se hace importante acompañar a los jóvenes en los caminos de la santidad. Si San

Ambrosio afirmaba que «todas las edades son maduras para la santidad» (De *Virginitate*, 40), ¡sin duda, lo es también la juventud! En la santidad de muchos jóvenes, la Iglesia reconoce la gracia de Dios que precede y acompaña la historia de cada uno, el valor educativo de los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, la fecundidad de caminos compartidos en la fe y en la caridad, la carga profética de estos "campeones" que a menudo sellaron con su sangre el ser discípulos de Cristo y misioneros del Evangelio. Si es cierto, como lo afirmaron los jóvenes durante la Reunión Presinodal (RP), que el testimonio auténtico es el lenguaje más pedido, la vida de los jóvenes santos es la verdadera palabra de la Iglesia, y la invitación a emprender una vida santa es la llamada más necesaria para la juventud de hoy. Un auténtico dinamismo espiritual y una fecunda pedagogía de la santidad no defraudan las profundas aspiraciones de los jóvenes: su necesidad de vida, amor, expansión, alegría, libertad, futuro y también de misericordia y reconciliación.

Jesús invita a cada uno de sus discípulos al don total de la vida, sin cálculos ni intereses humanos. Los santos acogen esta invitación exigente y se ponen con humilde docilidad en el seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. La Iglesia contempla en el cielo de la santidad una constelación siempre más numerosa y luminosa de muchachos, adolescentes y jóvenes santos y beatos que desde los tiempos de las primeras comunidades cristianas llegan hasta nosotros. Invocándolos como protectores, la Iglesia los indica a los jóvenes como punto de referencia para su existencia. Varias CE piden valorizar la santidad juvenil a través de la educación, y los mismos jóvenes reconocen ser «más receptivos a una narrativa de la vida que a un discurso teológico abstracto» (RP, Parte II, Introducción). Teniendo en cuenta que los jóvenes afirman que «las vidas de los santos siguen siendo hoy relevantes» (RP 15), es importante presentarlos de manera apropiada según su edad y condiciones.

Un lugar muy especial corresponde a la Madre del Señor, que vivió como primera discípula de su Hijo amado, y es un modelo de santidad para cada creyente. En su capacidad de guardar y meditar en su corazón la Palabra (cfr. Lc 2,19.51), María es para toda la Iglesia madre y maestra del discernimiento.

Merece también recordarse que junto a los "**Santos jóvenes**" es necesario presentar a los jóvenes la "**juventud de los Santos**". Todos los Santos, de hecho, han pasado por la edad juvenil y sería útil para los jóvenes de hoy mostrarles cómo vivieron los Santos el tiempo de su juventud. Se podría así interceptar situaciones juveniles no simples ni fáciles, pero donde Dios está presente y misteriosamente activo. Mostrar que su gracia obra a través de caminos tortuosos de paciente construcción de una santidad que madura con el tiempo por muchas vías imprevistas, puede ayudar a todos los jóvenes, sin excepción, a cultivar la esperanza de una santidad siempre posible. (*Instrumentum Laboris* nn. 213-214).

Oración por los jóvenes

Señor Jesús, tu Iglesia dirige su mirada a todos los jóvenes del mundo.

Te rogamos que tomen la propia vida valientemente en sus manos,

que estén atentos a las cosas más bellas y profundas y conserven siempre un corazón libre.

Acompañados por guías sabias y generosas

ayúdales a responder a la llamada que tú haces a cada uno de ellos,

para realizar su propio proyecto de vida y alcanzar la felicidad.

Mantén abierto su corazón a los grandes sueños y atentos al bien de los hermanos.

Que como el discípulo amado, estén también ellos al pie de la cruz

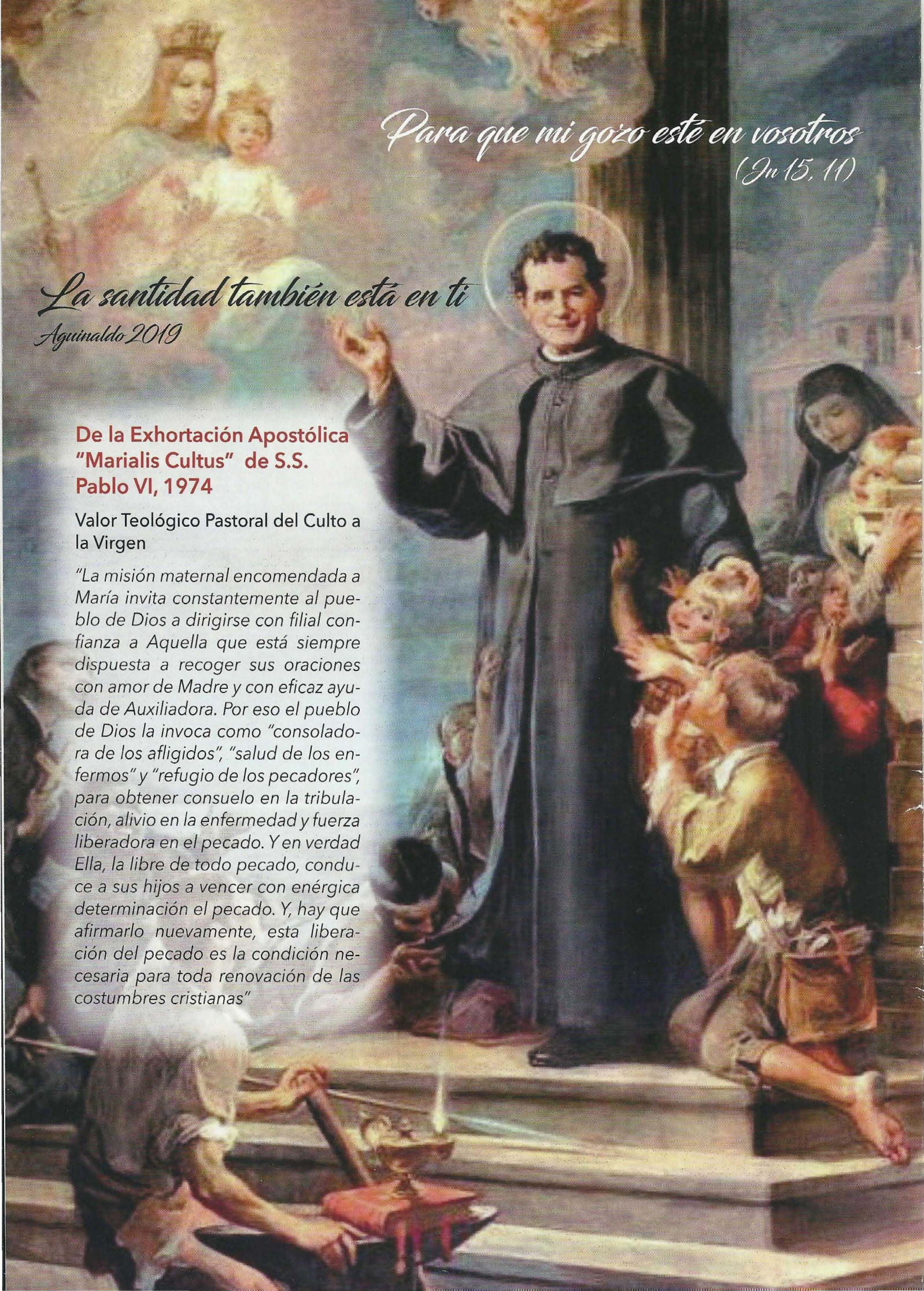
para acoger a tu Madre, recibiéndola como don tuyo.

Que den testimonio de tu Resurrección y sepan reconocerte vivo a su lado,

anunciando con gozo que Tú eres el Señor.

Amén.

(Papa Francisco)



Para que mi gozo esté en vosotros
(Jn 15, 11)

La santidad también está en ti

Aguinaldo 2019

De la Exhortación Apostólica "Marialis Cultus" de S.S. Pablo VI, 1974

Valor Teológico Pastoral del Culto a la Virgen

"La misión maternal encomendada a María invita constantemente al pueblo de Dios a dirigirse con filial confianza a Aquella que está siempre dispuesta a recoger sus oraciones con amor de Madre y con eficaz ayuda de Auxiliadora. Por eso el pueblo de Dios la invoca como "consoladora de los afligidos", "salud de los enfermos" y "refugio de los pecadores", para obtener consuelo en la tribulación, alivio en la enfermedad y fuerza liberadora en el pecado. Y en verdad Ella, la libre de todo pecado, conduce a sus hijos a vencer con enérgica determinación el pecado. Y, hay que afirmarlo nuevamente, esta liberación del pecado es la condición necesaria para toda renovación de las costumbres cristianas"